



MORENO
150
1864 / 2014

TESTIMONIOS

DEL TERRORISMO DE ESTADO EN MORENO Y MERLO

MEMORIAS DE SOBREVIVIENTES
Y FAMILIARES DE DETENIDOS-DESAPARECIDOS

PARTE I



TESTIMONIOS

DEL TERRORISMO DE ESTADO EN MORENO Y MERLO

MEMORIAS DE SOBREVIVIENTES
Y FAMILIARES DE DETENIDOS-DESAPARECIDOS

PARTE I

MISIAK, Natacha; FERNANDEZ, Miguel y BALLESTERO, Alejandra (Coordinadores)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO

Rector

Hugo O. ANDRADE

Vicerrector

Manuel L. GÓMEZ

Secretaria Académica

Adriana M. del H. SÁNCHEZ

Secretario de Investigación, Vinculación Tecnológica y
Relaciones Internacionales

Jorge L. ETCHARRÁN

Secretaria de Extensión Universitaria

M. Patricia JORGE

Secretario general

V. Silvio SANTANTONIO

Consejo Superior

Autoridades

Hugo O. ANDRADE

Manuel L. GÓMEZ

Jorge L. ETCHARRÁN

Pablo A. TAVILLA

M. Patricia JORGE

Consejeros

Claustro docente:

Marcelo A. MONZÓN

Javier A. BRÁNCOLI

Guillermo E. CONY (s)

Adriana M. del H. SÁNCHEZ (s)

Claustro estudiantil:

Rocío S. ARIAS

Iris L. BARBOZA

Claustro no docente:

Carlos F. DADDARIO

TESTIMONIOS

DEL TERRORISMO DE ESTADO EN MORENO Y MERLO

MEMORIAS DE SOBREVIVIENTES
Y FAMILIARES DE DETENIDOS-DESAPARECIDOS

PARTE I

MISIAK, Natacha; FERNANDEZ, Miguel y BALLESTERO, Alejandra (Coordinadores)

Testimonios del terrorismo de estado en Moreno y Merlo : memorias de sobrevivientes y familiares de detenidos-desaparecidos ; coordinación general de Natacha Misiak ; Miguel A. Fernández ; Alejandra Ballesteros. - 1a ed. - Moreno : UNM Editora ; Moreno : Municipio de Moreno, 2015.

v. 1, 96 p. ; 15 x 22 cm. - (Agenda UNM)

ISBN 978-987-3700-12-5

1. Derechos Humanos. 2. Historia Argentina. 3. Memoria Social. I. Misiak, Natacha , coord. II. Fernández, Miguel A., coord. III. Ballesteros, Alejandra, coord.

CDD 323

Universidad Nacional de Moreno

Colección: Agenda UNM

Directora: M. Patricia JORGE

1ª edición: noviembre de 2015

© UNM Editora, 2015

ISBN (edición impresa): 978-987-3700-11-8

La edición en formato digital de esta obra se encuentra disponible en: <http://www.unm.edu.ar/repositorio/repositorio.aspx>

La reproducción total o parcial de los contenidos publicados en esta obra está autorizada a condición de mencionarla expresamente como fuente, incluyendo el título completo del trabajo correspondiente y el nombre de su autor.

Libro de edición argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Este libro se editó con el apoyo del Programa de Promoción de la Universidad Argentina (PPUA) de la Secretaría de Políticas Universitarias, Ministerio de Educación.



Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2015 en Coop. Chilavert Artes Gráficas, imprenta recuperada y gestionada por sus trabajadores. (M. Chilavert 1136, CABA, Argentina).



En Memoria de:

Abdonur, Victoria
Agorio Rothen, Nelson Alberto
Alfonso Benítez, Osvaldo Julio
Arroyo Iriarte, Juan José
Balbi, Osvaldo Domingo
Ballester, Adrián Ceferino
Brochero Messa, Miguel Ángel
Cabrera Portel, Luis Alberto
Carrazan, José Antonio
Casariego Carati, Rosa Maria
Casoy Granovsky, Claudio Argentino
César, Ester Elsa
Castillo Barrios Márquez, Alicia Ramona
Chávez, Héctor Gerardo
Cournou Heredia, Maria Cristina

Cuella, Enrique José
Del Gesso García, Juan Domingo
Díaz Moscardo, Mario Alberto
Elena Marcet, Carlos Guillermo Jerónimo
Escobar, Vera Lucas
Flores, Hugo Rubén
Fontanella Velásquez, Adolfo Nelson
Fraga Andrade, Jorge Leonardo
Gaggero Pérez, Emilia Susana
Gándara, Horacio Francisco
Gaspari Espikerman, Gladis Emid
González Lemos, Víctor Hugo
Grandi Rebollo, Claudio Nicolás
Herrera Sallenave de Mangini, Leonor Inés
Ivaldi Abrigatto, Juan Pedro

Ledesma Soria, Luis Ramón
Leguizamón, “Pochi”
Leguizamón, Rubén
López Carballo, Javier Alberto
Luque, Esther
Mangini Gálvez, Juan Santiago
Martínez Navarro, Héctor Eliseo
Mesa Esain, Faustino Juan
Miranda, Silva Oscar
Monge, Juan
Monzón Reinaldo, José “Chango”
Muñoz Bordón, Beatriz Nidia o Nadely
Ochoa Flores, Cándido Víctor
Orozco, Ricardo Oscar
Ortiz, Escobar Rodolfo
Pavich Restovich, Pablo
Pellegrini, Juan Carlos
Peyrano Córdoba, Miguel Ángel
Pita, Carlos Alberto
Pidutti Capurro, Juan Hipólito
Porcel Rodríguez, Gladis del Valle

Quiroga Castro, Stella Maris
Romero, Juan Antonio
Romero Stagnaro, José Alberto Martín
Sánchez, Mario Valerio
Sandoval Blanco, Augusto Cesar
Silva, Ramón
Taboada Orozco de Dillon, Marta
Angélica Tardivo Sosa, Irma Noemí
Tejerina Colombres, Juan Domingo
Tonini, Hugo
Ullmann Bohn, Eva Silvia
Uriarte, Juan Alberto
Valentich Blanco, José
Zarza Segovia, Rosalía

Detenidos-desaparecidos Moreno-Merlo, presentes

Prólogo

La Universidad Nacional de Moreno y el Municipio de Moreno concretan esta publicación conjunta como un aporte más al esfuerzo conjunto de la sociedad argentina por la reconstrucción de la Memoria, la Verdad y la Justicia, pero, particularmente, en favor de la mayor visibilidad del rescate de la memoria de nuestro pueblo de Moreno y del vecino pueblo de Merlo, también víctimas del accionar de la última dictadura cívico-militar.

Para concretar esta ambicioso proyecto, a poco de conmemorarse los 40 años de aquel golpe y el 150º aniversario de la creación del Partido de Moreno, el Municipio y la Universidad han compartido el valioso esfuerzo y material reunido por la Comisión de Familiares de Detenidos-Desaparecidos de Moreno-Merlo sobre las víctimas del terrorismo de estado en Moreno y Merlo.

Aspiramos a que este trabajo continúe, ya que los testimonios reunidos hasta ahora no se agotan ni abarcan la totalidad de los hechos conocidos hasta hoy. Para nosotros este trabajo no es simplemente una forma de hacer memoria, sino un compromiso que implica un ejercicio continuo y activo por la verdad y la justicia de nuestro presente y futuro.

Lic. Mariano F. WEST
Intendente Municipal del
Partido de Moreno

Lic. Hugo O. ANDRADE
Rector de la Universidad
Nacional de Moreno

Índice

1. Presentación	13
Coordinadores: Natacha Misiak, Miguel Fernández y Alejandra Ballesterio	
2. Adrián Ceferino Ballesterio, “El Negro Víctor”: “Un tipo que luchaba por sus derechos y los de sus compañeros”	17
Testimonio de su hija, Alejandra Ballesterio	
3. José Valentich: “Cuidá a los chicos”	23
Testimonio de su esposa, María Eva Ledesma Vivero y de su hija, Viviana Valentich	
4. Miguel Peyrano: “Aún lo sigue esperando”	33
Testimonio de su hermano, Pedro Peyrano	
5. Zumilda Minaglia: “Creyeron que nos iban a quitar las ideas”	37
Testimonio de la sobreviviente Zumilda Minaglia	
6. Hugo Tonini: “Ella siempre lo había estado esperando”	43
Testimonio de su hermana, Ana Leticia Tonini	

7. Reinaldo José “Chango” Monzón: “Y lo encontré” Testimonio de su hermana, Graciela Monzón	51
8. Osvaldo Domingo Balbi: “Mientras remontábamos un barrilete” Testimonio de su hija, Carolina Balbi	61
9. María Cristina Cournou y Claudio Nicolás Grandi: “La memoria es una militancia difícil” Testimonio de su hija, Yamila Grandi	67
10. Juan Carlos Pellegrini y Esther Luque: “Querían vivir la vida al máximo” Relato de la hermana de Juan (y cuñada de Esther), Ana María Pellegrini	71
11. Rosalía Sarce de Sandoval y Augusto César Sandoval: “Los mejores recuerdos” Testimonio de su hijo, Omar Sandoval	77
12. Ester Elsa César y Hugo Rubén Flores: “Yo te estaba esperando a vos” Relato de su hija, Patricia Laura César	85
13. Oscar Miranda: “Pensar en el otro” Testimonio de su esposa, Mabel Rapetti	89

14. Eva, Rubén y Pochi Leguizamón: “Evita, ¿qué te hicieron?” Relato de la sobreviviente Eva Leguizamón	101
15. Carlos Alberto Pita: “Escaras. Registro de un próximo pasado” Compilación de textos de su hermana, Sara Lía Pita	109
16. Listado de Detenidos-desaparecidos Moreno y Merlo	131

Presentación

Esta publicación se propone como un aporte al esfuerzo conjunto de la comunidad argentina en la construcción de la Memoria, la Verdad y la Justicia. Específicamente, el trabajo refiere al accionar de la última dictadura cívico-militar en los Municipios de Moreno y Merlo, entre los años 1976 y 1983, a poco de conmemorarse los 40 años del golpe. Fruto del trabajo conjunto de la Universidad Nacional de Moreno (UNM), la Dirección General de Derechos Humanos de la Municipalidad de Moreno y la Comisión de Familiares de Detenidos-Desaparecidos de Moreno-Merlo, el material reúne testimonios de víctimas y familiares del terrorismo de estado perpetrado en estos distritos. Algunos de los protagonistas sobrevivieron para relatar en primera persona un horro que es necesario narrar para que Nunca Más se repita.

En otros casos, son los hijos, padres, hermanos, compañeros y compañeras de las víctimas quienes han debido asumir el compromiso de la palabra. Gracias al valioso trabajo de científicos que aportaron sus saberes a esta causa, algunos han podido recuperar los restos de sus seres queridos; otros persisten en la búsqueda incansable de los cuerpos. El lector encontrará familiares las calles, los barrios y las instituciones que fueron el escenario de la vida, las luchas y los sueños de los protagonistas. Así, la historia argentina reciente adopta un rostro tan cercano que es imposible concebirla ajena.

Los relatos se sitúan en un Moreno y un Merlo contruidos, en gran medida, por migrantes internos que abandonaron sus provincias natales para forjar aquí su futuro y el de sus hijos. Luego, las detenciones y desapariciones dejaron familias desmembradas, sumidad en un profundo desamparo, agravado, en muchos casos, por el silencio.

El trabajo recoge solo algunos de los casos de terrorismo de estado de los que fueron víctimas ciudadanos morenenses y merlenses y no agota la totalidad de los hechos. Es por ello que quienes participamos en la elaboración de este material nos proponemos como objetivo continuar la labor en futuras publicaciones. En estas páginas van a encontrar historias de lucha, de entrega, de amor y fotos con imágenes detenidas en el tiempo, que nunca envejecieron.

Para los familiares, simbolizan la herencia de estar orgullosos de la historia de los padres, hermanos, hijos, esposos y poder caminar con la frente en alto. Estos relatos servirán para mantener la Memoria, porque todavía, a estas alturas, seguimos escuchando gente que dice que “en la época de los militares estábamos mejor” o que “nos dejemos de molestar con mirar para atrás”; “miren al futuro”, nos dicen. Esto nos da la pauta de que todavía falta mucho por hacer, a pesar de todas las posibilidades que existen para informarse sobre el terror que se vivió en nuestro país. Sin embargo, no podemos caminar hacia el futuro si no sabemos lo que pasó en la historia de nuestro país.

Queremos agradecer, en primer lugar, a quienes brindaron sus testimonios, aportando recuerdos y emociones personalísimos a la construcción colectiva de la Memoria. También a las autoridades de la UNM -especialmente, al Rector Hugo Andrade y a la Secretaria de Extensión Universitaria, Patricia Jorge -y de la Municipalidad de Moreno- fundamentalmente, al Intendente Mariano West- por el apoyo recibido para la elaboración de este material que sin la participación, vocación y compromiso de la Comisión de Familiares de Detenidos-Desaparecidos de Moreno-Merlo no hubiera sido posible concretar este trabajo. También queremos destacar la colaboración de Patricio Calvo Etcherry, Susana Lombardi, Carolina Irepa y Carla Costa. Dedicamos la publicación a los y las compatriotas detenidos-desaparecidos y sobrevivientes; a sus familiares, amigos y compañeros; a la comunidad universitaria y a la comunidad de la región, muy especialmente a los jóvenes, a quienes debemos nuestro compromiso con la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Natacha MISIAK, Universidad Nacional de Moreno

Miguel FERNÁNDEZ, Municipio de Moreno

Alejandra BALLESTERO, Comisión de Familiares de Detenidos-Desaparecidos de Moreno-Merlo

La Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Moreno entiende necesario recordar y resignificar este trágico momento de la historia que fueron los años de la última dictadura militar, y lo hace a través del impulso a esta publicación, con una recordación de las víctimas del terrorismo de estado en Moreno y Merlo, bastante desconocida por la mayoría de nuestro pueblo, partiendo de la premisa que la historia siempre se lee a partir de las exigencias y de los conflictos del presente. Se trata de un primer esfuerzo y logro que aspiramos a continuar desarrollando, ya que la memoria, como la historia, es un campo de luchas por su propio sentido y por la configuración del presente y la proyección hacia el futuro que ello implica; de manera que la memoria siempre es una construcción y tiene siempre un profundo sentido político, en tanto se configura según quiénes son los que postulan sus definiciones y para qué fines.

Sin duda, el golpe militar del año 1976 implicó la configuración de un Estado terrorista que, lejos de explicarse sólo por patologías o perversiones, debe ser entendido como un plan premeditado con un claro proyecto político de rediseño y disciplinamiento de la sociedad y de su economía. Los testimonios aquí reunidos son cabal expresión de la brutalidad de este accionar sobre nuestro territorio más próximo, es decir nuestra más propia e íntima historia.

Es por ello que la UNM, comprometida con los valores de democratización y desarrollo social, procura con esta publicación, profundizar en el análisis de los procesos históricos para explicar y hacer inteligible la realidad presente y, en particular, de nuestro castigado Conurbano Bonaerense, objeto de tantas destrucciones y regresiones en esos años de imperio de patria para pocos.

Los hechos son contundentes, y los testimonios reunidos son muestra de la destrucción en el ámbito de Moreno y Merlo. Historias de hijos, padres, hermanos, compañeros y compañeras, de sobrevivientes o no, todas y todos víctimas.

Los relatos recogidos demuestran como la dictadura apeló a saqueos, tortura, violaciones, desapariciones, asesinatos, cárcel, exilio, y campos de exterminio para cortar de raíz todo mínimo vestigio del país que esforzadamente queríamos reconstruir los argentinos que protagonizamos aquellos días, reinstaurando, una vez más, un modelo de país dependiente y subdesarrollado, alineado a un orden económico internacional de manera brutal.

Hoy, transcurridos casi 40 años, reconfortados del impulso y gran activismo en materia de avances en los juicios y castigos a los culpables del genocidio de este tiempo, reafirmamos nuestro compromiso para decir una vez más nunca más, haciendo publico estos testimonios y hechos reunidos, gracias al esfuerzo colectivo del Municipio, la Universidad y especialmente, la Comisión de Familiares de Detenidos- Desaparecidos de Moreno-Merlo.

Es nuestro deseo que este trabajo exprese nuestro dolor y empeño en contribuir a la Memoria, la Verdad y la Justicia de nuestro pueblo.

A.S. M. Patricia JORGE,
Secretaria de Extensión Universitaria
Universidad Nacional de Moreno

Adrián Ceferino Ballesterro, "El Negro Víctor":

“Un tipo que luchaba por sus derechos y los de sus compañeros”

Testimonio de su hija, Alejandra Ballesterro

Soy hija de “El Negro Víctor”, detenido desaparecido por razones políticas el 24 de setiembre de 1976, en el barrio Lomas de Mariló, Moreno.

Siempre digo que hay un antes y un después de esa fecha en nuestras vidas. Mi padre trabajó 22 años en la fábrica textil GRAFA; fue varias veces delegado gremial y, en una oportunidad, se presentó junto a sus compañeros como Secretario General de la lista Blanca, contraria a la lista azul de la burocracia sindical, la cual estaba integrada por Casildo Herrera, “digno” representante de la derecha gremial, que defendía los intereses de la patronal.

Mi padre se fue juntando con compañeros de trabajo a escondidas para ver la forma en que se podrían organizar para empezar los reclamos.

Se reunían en la iglesia del barrio Villa Pueyrredón, en Capital Federal, lugar que les prestaba el cura Bresci. A partir de esas reuniones se pudo organizar la lista blanca. Hoy, muchos de los compañeros que la integraban se encuentran desaparecidos por la dictadura cívico-militar asesina.



Adrián Balletero (der.) en el bautismo de su pequeña hija

Durante 1975, comenzó la represión a los trabajadores en todo el país y GRAFA no fue la excepción. Empezaron los atropellos; mi papá fue atacado por la patota de la lista azul en la puerta de la fábrica y quedó muy lastimado. Por ese ataque, los trabajadores decidieron tomar medidas de solidaridad y pararon la fábrica casi 20 días. A partir de ese paro, se consiguieron varias reivindicaciones, entre ellas, el reconocimiento de la comisión de reclamos. Sin embargo, al poco tiempo, llegó la venganza de Bunge y Born, que eran los dueños de GRAFA y empezaron los secuestros de compañeros/as, que luego fueron puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y pasaron muchos años presos.

En el '76 fue distinto porque, ya en plena dictadura, los militares estaban dentro de la fábrica. En agosto un compañero fue secuestrado y apareció torturado y asesinado en el Riachuelo.

En septiembre, entre los días 13 y 24, ocurrió la mayoría de los secuestros de los militantes de la Juventud de Trabajadores Peronistas e integrantes de la lista blanca.

Durante ese mes se habían organizado comisiones de compañeros/as para colaborar con las esposas en las presentaciones de Habeas Corpus y denuncias. Pero, esta vez, era diferente a lo que estaban acostumbrados, que era ir a buscarlos a las comisarías y a los hospitales, ahora no aparecían en ningún lado y la palabra "desaparecido" no era común.

El último al que fueron a buscar fue mi padre. Vinieron patotas civiles y militares en coches Falcon y camiones del ejército, muchísimos represores para él solo. Cortaron las calles y rodearon las manzanas del barrio, esperaron que saliera para su trabajo alrededor de las 5 de la mañana y, cuando se encaminaba para la parada del colectivo -donde se encontraban varios vecinos esperando para poder viajar- aparecieron militares por todos lados para secuestrarlo. Él corrió y se resistió, sin embargo, los asesinos lo balean y se lo llevaron herido pero vivo. Lo subieron al baúl de un Falcon y nunca más supimos de él.

LISTA DE CANDIDATOS

PARA LA ELECCION DE COMISION INTERNA
DEL ESTABLECIMIENTO

GRAFA
RAMA ALGODON

LISTA BLANCA

Secretario General _____ BALLESTEROS, ADRIAN
" Adjunto _____ BAMPINI, MIGUEL A.
" Administrativo ROMERO, ANTONIO
" Tesorero _____ ALARCON, JUAN
" Organización _____ DIAZ, PEDRO H. IGNACIO
" A. Social _____ GERPE, HORACIO
" Prensa y Prop. _____ TORRES, RAUL

VOCALES

1º _____ BUSTAMANTE, RITO
2º _____ GODOY, JOSE
3º _____ DOMINGUEZ, MANUEL
4º _____ VALENTICH, JOSE
5º _____ SANCHEZ, ERNESTO

Ballestero fue delegado en la Fábrica GRAFA

A partir de su secuestro nuestras vidas fueron muy distintas. Mi madre, Eva, con 38 años y tres hijas se convirtió en una leona y salió a buscarlo, a presentar denuncias y Habeas Corpus. Tuvo que trabajar para darnos de comer y lo esperó. Yo siempre digo que la espera fue una de las cosas más desesperantes que tuvimos que pasar, y cuando hablo de esperar, hablo de años.

Cuando llegó la democracia, me ilusioné con la posibilidad de que se hiciera justicia en el Juicio a las Juntas; pero después vino el Punto Final y la Obediencia Debida, con el gobierno de Alfonsín, y el Indulto con Menen.

Y TODOS LOS ASESINOS SUELTOS...y ese gusto amargo de tanta falta de respeto a los familiares que habíamos salido a pedir justicia.

Recién hace unos años comenzamos a sentir justicia, respeto y reivindicación a la historia de lucha de nuestros padres: comenzaron los juicios y tuvimos la posibilidad de realizarnos un ADN para poder encontrar sus restos, porque también nos quitaron la posibilidad de enterrarlos.



Adrián Ballesterro junto a su hija Adriana

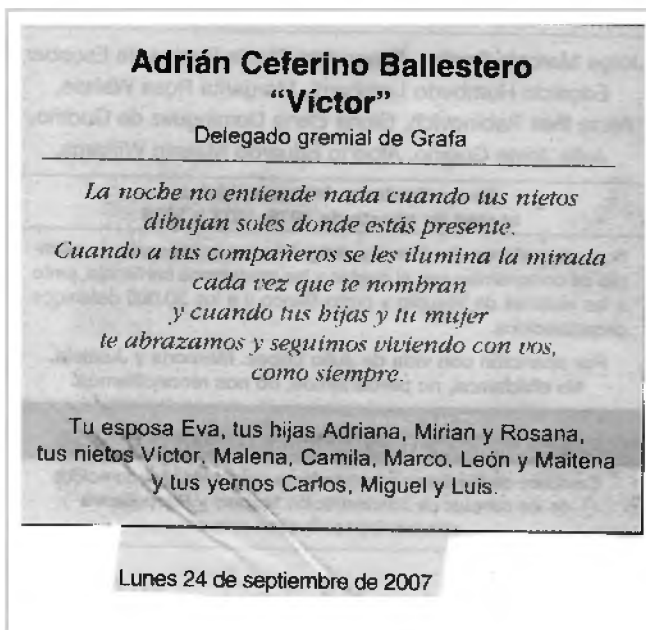
Hace dos años, después de tanto escarbar, buscar, escuchar, nos enteramos que estuvieron en Campo de Mayo.

¿Quién era mi padre? El Negro Víctor era un tipo que luchaba por sus derechos y los de sus compañeros, que era muy querido y respetado por ellos, que nos amaba profundamente y quería vernos crecer y que tenía unos cojones enormes. En los peores momentos dijo: “yo ya estoy en el baile, no puedo dejar de bailar”.

Yo estaba por cumplir nueve años cuando me lo robaron, hoy sigo pidiendo justicia y cárcel común para los milicos genocidas y hoy más que nunca:

No perdonamos. no olvidamos. no nos reconciliamos

Víctor Ballestero, Presente.



Recordatorio familiar

José Valentich

“Cuidá a los chicos”

Testimonio de su esposa, María Eva Ledesma Vivero y de su hija, Viviana Valentich

Por María Eva Ledesma Vivero

Viví siempre en Moreno desde que vine de Corrientes, donde conocí a José Valentich.

Mi madre tenía un carácter muy duro. Yo empecé a trabajar a los 14 años y a los 16 lo conocí a José. Lo veía a escondidas, hasta que nos encontró mi mamá y del susto que se pegó pensé que no lo iba a ver más.

Mis padres, que eran de costumbres muy antiguas y rígidas, cuando lo conocieron, lo primero que le preguntaron era si tenía trabajo seguro. El respondió que no y ellos le contestaron que cuando tuviese trabajo, recién ahí, volviese a pedir mi mano. A pesar de todo este comienzo, mi papá lo quiso mucho siempre y cuando desapareció se puso muy triste, porque José era una persona muy buena. Nunca discutimos.

José se vino a Buenos Aires y yo le escribía cartitas. Al tiempo, una tía viajó a Corrientes y vine con ella a mediados del año 1969. Conseguí trabajo con cama, entonces le pedí a mi prima que escribiera una cartita, porque quería saber si él estaba en Buenos Aires. Ese mismo día tocaron timbre. Bajé y me encontré con él y a partir de ahí retomamos nuestra relación. Fuimos a dar una vuelta por la Plaza Once porque, al estar trabajando con cama adentro, no la conocía. Él no quería que trabajara, entonces me trajo a Moreno y me presentó a sus hermanos y su cuñada. De ahí en más fuimos novios.



José Valentich en su casamiento con María Eva

Era muy buena persona y lo que me flechó fue su personalidad. Era muy simpático. Me casé el 30 de diciembre del año 1970, en el Registro Civil de Moreno. Yo quería casarme por iglesia, pero su mamá no quiso. Más tarde vinieron nuestros hijos, se llaman José María Valentich y Laura Viviana Valentich. La crianza fue muy linda, yo era un ama de casa, una muy buena.

En mi casa se hacían reuniones gremiales, pero yo nunca participé, se reunían dos o tres personas, una vez a la semana.

Yo no entendía de política y él nunca me comentaba nada, solo que era delegado. No me contaba nada...Era una manera de protegerme. Lo único que me decía era "cuidame los chicos" y nada más. Cuando se iba a reuniones a Laferrere, solamente me decía a la hora que iba a llegar. Era muy buen padre y todo el barrio lo quería. Su apodo en la fabrica era "Palito". Yo nunca le cuestioné nada y estoy muy feliz de lo que hizo por los compañeros.

Casi para fin de año de 1976, me comentó que le habían pegado y a varios de sus compañeros también, uno de los que estaba más grave era su compañero Víctor Ballester. Una vez que lo mandé a comprar sábanas y toallas, lo agarraron y lo golpearon, pero no me dijo quién ni cómo.

José desapareció el 15 de septiembre de 1976. Esa noche había ido a Laferrere y vino a la una de la mañana. Ya sabía de un grupo de hombres con traje que lo estaban vigilando, por eso se volvió. Cuando vino ya estaba nervioso y no quería comer nada. Al ratito llegaron los coches y me dijo “Por ahí, vinieron a buscar a la chica de al lado de casa”. Cuando pararon el ruido del auto, tiraron una bomba y después alguien gritó: ¡Familia Valentich, salgan con los brazos en alto!” Entonces tuvimos que salir con las manos arriba. Había un coche rojo enfrente de la vereda de mi vecina. Eran ocho, entre ellos, dos de civil. Entraron, lo vistieron, lo detuvieron entre las 2 y media y las dos 2 y 45 hs. Él se despidió de mí, me dio la alianza y me dijo “Cuidá a los chicos”. Esa madrugada también se lo llevaron a Romero, que vivía a la vuelta. Al día siguiente, por la mañana, fui a la comisaría para que me dieran una respuesta; me dijeron “si hay alguna novedad le vamos a avisar”.

Después le avisé a su familia. Me echaron la culpa de lo que le había pasado por no cuidarlo. Dijeron eso para desligarse de las obligaciones. Al mes de desaparecer mi marido, me dejaron en la calle.

Después de esto fui a la fábrica con la mujer de Romero para preguntar qué se sabía del paradero de José Valentich. Ahí vi el auto rojo y la señora de Romero también lo vio. Le dije “no digas nada cuando entres”. Nos atendió un uniformado y nos dijo que cuando tuvieran novedades nos iban a avisar. Hasta el día de la fecha, no me notificaron nada.

Después fui al área de Derechos Humanos en Capital. Ahí me dieron unas cartas para llevar a Campo de Mayo y Casa de Gobierno.

Luego de la desaparición de José me toco una vida muy dura. Tuve que volver a trabajar y una señora que vivía frente de mi casa cuidaba a mis hijos, pero trabajé un tiempo nada más, porque, cuando subía al tren, había una persona camuflada de ciruja y me daba miedo. Esto no se lo conté a nadie. Una vez se lo comenté a mi vecina y me dijo que esa persona había estado rondando la casa.

Después de trabajar en casa de familia en Capital, vine a trabajar con la Directora del Colegio N°33 de Moreno. Nuestra vida no fue muy feliz, tuvimos que alquilar en el barrio “La Perlita”.

Nosotros teníamos nuestra casa, pero el hermano de mi marido nos echó. Nos fuimos a vivir a Corrientes y, cuando volví, habían vendido mi casa. Nos volvimos a Moreno y vivimos en la calle. La pasamos muy mal. Tuvimos que estar viviendo en los vagones de los trenes del Ferrocarril Sarmiento. Era una vida muy dura. Cuando iba a trabajar, iba con mis hijos. No me ayudó nadie.

Yo no tenía mucho tiempo para buscar a mi marido, ni plata y tenía mucho miedo de hablar. Hace poco se me fue el miedo.

Por la situación económica, tuve que dejar a mi hija en Corrientes, con la familia de mi madre y mi hijo se quedó con la familia paterna. Ellos no le hablaban bien de mí.

Todos los días de su cumpleaños yo iba a verlo pero la familia de mi marido me atendía en el portón. Finalmente, conseguí una casa donde vivir en Moreno y mi hijo la encontró. Él solo buscó el lugar donde estaba viviendo...yo ni me lo esperaba. Como le dolía la panza, lo llevé a mi médico de cabecera, el Dr. Cuello; le encontraron un tumor en el páncreas. Después de ocho meses de agonía, murió el 10 de septiembre de 1991.



Movilización en la que participó José Valentich

A mí me ayudó mucho encontrar a familiares que sufrieron lo mismo que yo. Después de 38 años pude hablar. Ahora con mi hija estamos bien, nuestra relación mejoró mucho.

Por Viviana Valentich

Esto que voy a contar es toda la información que fui recolectando cuando me animé a preguntar sobre mi padre, un padre al que necesité y mucho.

Mi papá era un joven obrero correntino llamado José Valentich, que trabajaba en la fábrica textil GRAFA.

En 1970, se casó en Buenos Aires con María Eva Ledesma Vivero, mi madre. De esa pareja nacimos nosotros, José María Valentich (mi hermano mayor) “Pepe”, como le decíamos, y Viviana Valentich, yo. Éramos una familia como todas, vivíamos en Moreno, en la localidad llamada “Mi Barrio”.

Mi papá militaba en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), era vocal Nro. 5 en la lista blanca de la comisión interna, que habían formado con varios compañeros de distintas secciones de la fábrica. GRAFA era muy grande, tenía casi 5.000 obreros.

Mi papá y sus compañeros se habían organizado contra la patota sindical de la lista celeste, que no atendía sus peticiones. Sus reclamos eran muy simples y para todos y todas, porque también había mujeres. Pedían tiempo para comer, barbijos (porque los hilos emanaban mucho polvillo), conmemorar el día de la mujer, en suma, mejorar las condiciones de trabajo porque había cosas que eran insalubres para ellos. Pero estas peticiones molestaban a los empresarios y entonces los militares llegaron al poder.

Tiempo antes de llevárselo, a mi padre le pidieron en la fábrica que hiciera un plano donde indicara las calles de nuestra casa y qué colectivo tomaba; le habían dicho que era para un seguro, pero mentían. ¿Qué iban a sospechar él y sus compañeros?

El día que tuve por última vez tuve a mi padre fue el 15 de septiembre de 1976. Esa madrugada llegaron autos a la puerta de mi casa, tiraron una bomba y gritaron: “Familia Valentich, prendan las luces y salgan con las manos arriba”. Mi hermano mayor, “Pepe”, estaba junto conmigo y mi mamá, pegados en la habitación. En esa época, yo tenía tres años y mi hermano, cuatro, éramos muy chiquitos. Mi padre los recibió en el comedor de nuestra casa.

Entraron seis militares, cuatro con uniforme y dos disfrazados con bigotes y sombreros. Revisaron los cuartos; a mi mamá le pusieron un milico al lado y a mi papá lo vistieron y se lo llevaron. Desde ese día no lo vimos más.



José y su esposa María Eva

Mi madre fue con la esposa de otro compañero a la fábrica y vieron algunas de las camionetas que estuvieron en mi casa aquella noche, estacionadas en el playón. Es lo único que recuerda.

Desde ese entonces, nuestras vidas cambiaron. Mi hermano y yo, que éramos dos niños que solo necesitábamos contención y amor, no pudimos tenerlos. Me reservo todo lo malo que nos hicieron vivir, cosas que no me contó nadie, porque las vivimos en carne propia.

Sé también que la hermana de mi papá, Sara, lo buscó; que hizo filas largas y sufrió el maltrato de los militares cuando vino al país la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

Hoy también sufro la pérdida de mi único hermano; si lo tuviera, estaríamos juntos escribiendo esta historia.

Quiero agradecer a todos los compañeros sobrevivientes, que también padecieron torturas psicológicas y otras muy dolorosas, que hablaron de mi papá con mucho cariño. Gracias a todos los que me contuvieron y son mi verdadera familia: Comisión de familiares Moreno-Merlo.

Hoy, viejo querido, te esperamos y no te olvidamos. Tus nietos, bisnietos y tu hija.

José Valentich, presente.



José María y Viviana, hijos de José Valentich

Miguel Peyrano:

“Aún lo sigue esperando”

Testimonio de su hermano, Pedro Peyrano

Me llamo Pedro Peyrano. Desde joven vivo en Moreno, en “Mi Barrio”, a donde llegamos desde Salta con mi mamá y mi hermano, Miguel. Yo tenía 16 años y mi hermano, 15. No tuvimos papá porque nos abandonó cuando éramos chicos.

Cuando nos vinimos a Buenos Aires, yo empecé a trabajar y mi hermano estudiaba porque “quería llegar a ser alguien”. Nosotros dos, con otros compañeros del barrio, habíamos formado una unidad básica con una carpa, en un terreno que estaba enfrente de casa.

Fue para el tiempo que tuve que hacer el servicio militar y me mandaron a Comodoro Rivadavia. Para ese entonces, mi hermano había cumplido 19 años y había conocido a su novia, Amalia. Los dos fueron hasta el Sur a visitarme, porque quiso presentármela. Fue una gran sorpresa. Miguel militaba en el ERP y ambos se habían conocido a través de la militancia.

Cuando regresé yo fui papá y mi hermano fue el padrino. Después nació la nena de mi hermano y yo fui su padrino. Había cumplido 23 años y, para esa época, se había ido a vivir a Libertad, Merlo.

Estuve con él pocos días antes del 13 de octubre de 1976. El tiempo estaba feo. Yo, casualmente, había salido justo de vacaciones, así que estaba en casa cuando llegó mi cuñada preguntándome “¿Miguelito no estuvo anoche acá?”. “No, para nada”, le contesté. Ella volvió a preguntar: “¿No se quedó a dormir acá?”. “No -le digo- no está, yo lo vi el otro día”. Y me dice: “Vos sabés que no fue a dormir a casa...”.

Él trabajaba con el suegro cosechando verduras en una quinta que tenían en Mariano Acosta. Ese día había llegado cerca de las seis y media de la tarde y, cuando estaba por bañarse, se dio cuenta de que no tenía los documentos ni los papeles de la moto. Como los necesitaba para llevar la mercadería temprano al mercado, salió a buscarlos. Le dijo a la esposa: “Seguro me los olvidé en el trabajo”. Se fue y no volvió más.

Con mi cuñada fuimos hasta lo de mi mamá, pero tampoco estaba allí. “No sé qué pasó con Miguel. Voy a salir a buscarlo”, le dije a mi madre.

Fuimos a los hospitales, a la comisaría, a la de Paso del Rey, a Merlo, Padua, Libertad... Caminamos todo y nada. Se había hecho tarde, entonces le dije a mi cuñada: “Te dejo a vos, mañana seguimos temprano y lo buscamos. Si tenemos noticias antes, te aviso”.

Teníamos un Renault 4L. Cuando llegamos a casa, vimos mucha gente. “¿Pedro, te enteraste lo de Miguelito?”, me preguntó un vecino. “No, casualmente lo ando buscando”. “Bueno, te cuento, de todas maneras te vas a enterar, te lo cuento yo. Acá vinieron unos setenta hombres de civil y le dieron una paliza bárbara, tiraban tiros al aire. En un momento, uno de ellos le dijo ‘Bueno, tomátelas’”. Mi hermano cruzó la calle como pudo, gateando... porque no podía pararse. Cuando quiso entrar a una casa, la señora de la casilla le dijo “No, Miguelito, acá no que estoy con la bebé”. Entonces mi hermano siguió gateando y trató de apoyarse en un alambre para después poder pararse, y fue entonces que lo balearon.

A Miguel lo cargaron en un Falcon, con uno de ellos atrás. Todos vieron que no doblaban para el hospital, sino en dirección a Campo de Mayo. Es todo lo que saben los vecinos.



Miguel Peyrano en un cumpleaños familiar

Yo estuve varios años buscándolo; mi cuñada, no sé si por miedo, se recluyó en el campo y perdí todo contacto con ella y mi sobrina. No supe nada más hasta hace dos años, cuando mis hijas encontraron en Facebook el nombre de una de las hermanas de mi cuñada. Entonces la llamamos por teléfono. No quiso darme la dirección, pero me contó que estaba en el campo. “Quedate tranquilo, que nunca quiso formar pareja”, me dijo y yo le respondí: “No, pero si tiene derecho a hacer su vida, no es por eso que llamé, solo quería saber de ellas”.

De mi hermano, hasta el día de hoy, nunca tuvimos respuesta.

Miguel militó en la Juventud Peronista hasta 1974, en la unidad básica María Angélica Sabelli; luego, pasó con otros compañeros a integrar la Columna Sabino Navarro, muchos de esos compañeros están desaparecidos.

Nuestra madre, Nelda, aún lo sigue esperando.

Miguel Peyrano, presente.

Zumilda Minaglia

“Creyeron que nos iban a quitar las ideas”

Testimonio de la sobreviviente Zumilda Minaglia

Hoy tengo 78 años y lo que voy a contar me ocurrió a los 44, en 1977, cuando me fueron a secuestrar las fuerzas conjuntas. En ese momento, trabajaba como enfermera y participaba como delegada en el hospital de San Miguel. Además, tenía una unidad básica enfrente de mi casa que se llamaba “Abal Medina”. Fue por eso que me llevaron.

La unidad básica estaba en el barrio Mitre, que, en ese entonces, era una villa. Empecé con algunas sillas en un terreno baldío. Primero comencé a reunir mujeres y hacía rifas para recaudar fondos y construir algo. Como los maridos se enojaban porque no sabían qué venían a hacer sus mujeres, les dije que vinieran ellos también, pero con una pala, y comenzaron a participar. A las ocho de la mañana, ponía la marcha peronista y venían hombres y mujeres. Tomábamos mate y cocinábamos entre todos. Era hermoso.

Yo vivía con mis seis hijos, uno de ellos era un bebé de 20 días, y mi pareja. Cuando vinieron a buscarme, vi solo a una persona, que me preguntó si en casa vivía una enfermera; le respondí que sí y, cuando abrí la puerta, se llenó de hombres de civil. Me empezaron a interrogar mientras a mis dos hijos menores les apuntaban con un revólver. A uno de ellos, que tenía nueve años, le preguntaron “¿dónde tiene la ‘máquina’ tu mamá”? Él le señaló la máquina de coser.

Me cargaron en una camioneta. Estuvo todo bien hasta que llegamos a la ruta, donde me dieron un culatazo; me desmayé y me desperté en la celda. Después llegó el momento de la tortura: me quemaron con cigarrillos, usaron la picana, me dieron “golpes tácticos”. Yo me crié en un colegio de monjas. Por eso, mientras me picaneaban, predicaba la palabra de Dios y el cura que estaba presente decía “háganla callar a esa”; me dijeron: “Si seguís predicando a tu Cristo, te vamos a crucificar en la Plaza de Mayo”, y me seguían torturando.

Así estuve 20 días, atada y vendada, hasta que me llevaron a un lugar, donde me hicieron poner contra un paredón; pensé que me iban a matar. Me dijeron “contá hasta diez y sacate la venda”; del susto que tenía, conté hasta cien. Me saqué la venda pero no veía muy bien porque estuve mucho tiempo vendada. Nuca supe dónde estuve, después, me dijeron que era la ESMA.

Antes de que me llevaran, me tiraron en los pies cadenas y alambres de púa y me dijeron que me iban a tirar al río. Me llevaron junto a mis compañeros. Nosotros nos seguimos viendo, son del Sindicato Municipal de San Miguel. Participamos en elecciones y ganamos. Ellos creyeron que nos iban a quitar las ideas, pero ni las picanas ni los golpes pudieron, las ideas no se van.

Cuando me liberaron, bajé en Retiro, que estaba lleno de camiones del ejército; di una vuelta grande y me metí al subte; cuando vi que se habían ido, volví a Retiro. Por suerte tenía unos pesitos en mi bolsillo que no me habían sacado y con eso volví a casa. Cuando llegué, uno de los nenes lloraba y una de mis hijas le decía “no llores, que mamá ya viene”. No me reconoció la voz hasta que le dije “negrita”; quiso abrazarme pero le pedí que no me tocara porque después de esos veinte días sin bañarme me sentía sucia; una vez que me higienicé y me vestí, quise tener a mi bebé a mi lado, pero él tuvo un rechazo en ese momento porque ya no sentía el olorcito de mamá; lo crié a mamadera.



Las camionetas militares popularmente conocidas como “las tres Marías”
eran presencia habitual en Morerno durante la última dictadura

Fue tremendo. Mi madre me decía “es como si te hubiera esperado nueve meses en mi panza ¿Viste qué caprichosa sos?”, pero, bueno, uno no espera semejantes cosas feas. Pensé que nunca más iba a volver a ver a mis hijitos.

Antes de que falleciera el mayor, en 2005, levanté un merendero en mi casa para los chicos de la calle. Llegué a tener cincuenta chicos, algunos eran terribles, tenían armas, pero estoy muy contenta con lo que hice. Me levantaba a las cuatro de la mañana y les hacía tortas fritas para el desayuno; después tenían el estudio. También trabajé para los abuelos abandonados porque muchas veces los hijos se olvidan de sus padres; todo lo aprendí de Eva Perón, porque lo que más quería ella eran los niños y los abuelos.

Yo nací en Entre Ríos y siempre milité dentro del peronismo. Lo que me impulsó fue un regalo que recibí a los ocho años de parte de Eva; me llegó por encomienda, eran unos zapatitos negros de charol. Yo no los conocía, porque en el campo solo había alpargatas. También nos envió todo tipo de ropa para que no tuviésemos frío. No sé cómo llegaron las cosas; lo único que sé es que cuando regresé a mi casa de hacer los mandados, me llamó el cartero y me dijo: “Vení que hay una encomienda para vos”, y me dio la caja. Mi papá, que era radical, me interrogó: “¿Cómo es que recibiste eso, dónde fuiste a anotarte?”. Yo le respondí que no sabía nada; después, para navidad, recibía pan dulce.

Mi mamá también era radical. Me acuerdo que un día fue Balbín y organizaron un asado en el pueblo, pero yo no asistí. Después, empecé a trabajar con una diputada de Concepción del Uruguay, con quien iba a un barrio que se llamaba “Bajada Grande”. Por su intermedio, le escribía a Eva, y ella me decía que cuando yo visitara los barrios humildes, nunca preguntara a las familias qué necesitaban, que nunca humillara a un humilde, que entrara a la casa y me fijara; y eso es lo que yo hacía. Mandaba a pedir lo que necesitaban: cocinas, camas, etcétera y Eva Perón me lo mandaba por tren. Trece años tenía yo y hacía todo a escondidas de mis papás; ellos no podían enterarse de lo que yo estaba haciendo.

En la primera caída de Perón, a la diputada se la llevaron presa de los pelos y yo, con mis trece años, la iba a visitar y le llevaba cosas.

A los diecisiete años, me casé contra la voluntad de mis padres y, a los veintidós, que era cuando se adquiría la mayoría de edad, me vine a Buenos Aires. Me llené de hijos (risas), siempre trabajé doble turno para ellos, para mis nietos y bisnietos. Así fue mi vida.

Hugo Tonini

“Ella siempre lo había estado esperando”

Testimonio de su hermana, Ana Leticia Tonini

Mi nombre es Ana Leticia Tonini, soy hermana de Hugo Tonini y tengo la obligación de continuar con la búsqueda porque mi mamá ya no está. Él tenía 16 años e iba para 17 cuando desapareció. Había tenido una infancia muy dura, porque mi papá falleció cuando él tenía seis años. Nosotros somos tres hermanos. Yo, Ana –que le llevaba 7 años a Hugo– y mi hermana Eva Alicia. Siempre lo recordamos como un nene.

Hugo había empezado su primer trabajo en un taller que estaba debajo del puente de Juan B. Justo. Era el día de la primavera de 1978 y se había presentado a trabajar igual para no tener que ir el sábado 22.

Después del trabajo, tenía planeado llevar a arreglar unas botas porque teníamos una reunión familiar y él iba a ponerse el traje por primera vez.

Mi mamá, Adelfa Contreras, lo esperó toda la noche; estaba preocupada porque no aparecía y Hugo era un chico muy meticoloso, siempre buscaba la forma de comunicarse para avisar dónde estaba.

El 22, como no aparecía, mi mamá me llamó para avisarme. Ella vivía en Merlo, con su pareja, mi hermano y yo, en Paso del Rey con mis nenes, que eran chiquitos, tenían seis y cuatro años. Ese día los dejé con mi suegra y salí a buscar a mi hermano con mi mamá. Yo tenía 22 años.



Primero, empezamos por los hospitales, porque supusimos que podría haber tenido un accidente después del trabajo, no que se trataba de una cuestión política. En realidad, no sabíamos si participaba en política o no, pero fue uno de los desaparecidos del proceso.

También comenzamos a hacer los recorridos telefónicamente en la casa de una vecina de mi mamá, llamada Luz, porque, en esa época, no todos tenían teléfono.

En uno de esos llamados, la vecina de mi mamá le avisó a mi suegra que le habían dado datos en el Hospital Israelita. Fuimos hasta allá con mi mamá pero no lo encontramos; preguntamos en informes y nos dijeron que no habían dado ninguna información sobre él. Entonces fuimos al Fernández, porque pensamos que mi suegra se había equivocado de hospital, pero tampoco estaba allí.

Cuando llegamos a la casa de mi mamá, la vecina vino a preguntarnos y le digo “Luz, no lo encontramos”, entonces me responde “No puede ser, porque cuando ustedes se fueron yo volví a mi casa, llamé al Israelita y me dijeron que estaba ahí”. Hasta le indicaron cómo llegar. Yo no entendía por qué allá me lo habían negado.



Cédula de Identidad de Hugo Tonini, realizada a sus 12 años

También fuimos a buscarlo a Córdoba, donde vivía su padrino, porque pensamos que podría haberse ido tras alguna discusión con mi mamá o su marido, pero fue en vano.

Mi hermano había desaparecido en Capital, pero allí no quisieron tomarnos la denuncia, además no era tan fácil de entrar a la comisaría porque las cuadras circundantes estaban valladas a la noche. Finalmente, logramos que se tomara la denuncia en Merlo, donde él vivía. La pareja de mi mamá tenía un hermano abogado que comenzó con las presentaciones de Habeas Corpus.

Yo estaba muy poco tiempo con mis hijos, que se quedaban con mi suegra. Me la pasaba en la casa de mi mamá, donde estuvimos mucho tiempo con presencia de coches Falcon, todo a raíz de las denuncias. Vivíamos a oscuras, a la noche ni se prendían las luces.

Después, cuando llegó la Comisión Interamericana de Derechos Humanos no lo querían anotar como desaparecido porque, según ellos, no tenía relaciones políticas, hasta que finalmente lo anotaron.

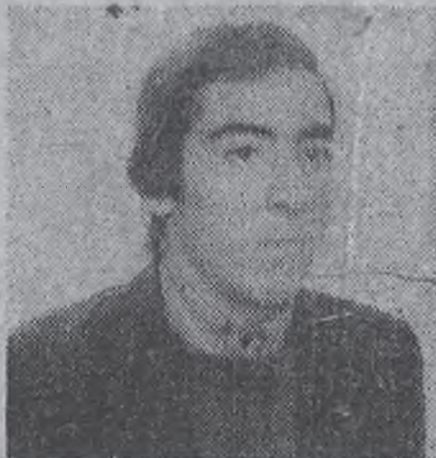
Después de un tiempo una amiga de mi suegra que trabajaba en el Hospital Israelita, se enteró de lo sucedido y nos pidió una foto. Nos dijo: “Yo no voy a salir de testigo, pero en el hospital hubo un chico muy parecido a tu hermano. Cuando empezaron sus llamados, gente de civil los sacó. Estaba muy grave”.

Por otro lado, la madrina de mi hermano nos contactó con un comisario de división homicidios de Capital, que realizó una investigación y nos dijo que daba “todo negativo”. Con él fuimos también al Hospital Israelita y pidió los libros: las páginas del día 22 al 27 de septiembre estaba arrancadas.

Muchos años después, volví al taller donde trabajaba mi hermano con Alejandra Ballesteros, de la Secretaría de Derechos Humanos de Moreno, pero estaba cerrado.

DESAPARICION DEL JOVEN TONINI

El joven Hugo Luis Tonini, de 16 años, desapareció el 23 de setiembre último, a las 22, en las avenidas Juan B.



HUGO LUIS TONINI

Justo y Córdoba, Capital Federal, informar a la calle O'Higgins 976, Merlo Norte. Teléfonos 624-5520 y 58-7532.

El adolescente vestía pantalón y pullover de color azul. Sus familiares se encuentran viviendo ante su desaparición un agudo drama.

PEON

CARGA Y DESCARGA, Zona: Carapachay. Trabajo inmediato. Presentarse en:

MARIANO MORENO 1382

LA LUCILA

(Alt. Av. Maipú 4100)

o VIAMONTE 611 - 5º "B"

9 a 12 y 15 a 18 horas

Búsqueda de Hugo Tonini en la prensa



Ministerio del Interior

M.I. 225.371/79

DECS "PR" Nº 2441/79

BUENOS AIRES

14 DIC 1979

Señora
Adelfa C. CONTRERAS Vda. DE TONINI
O'Higgins 976
Merlo
PCIA. BUENOS AIRES

Me dirijo a Ud. con relación a su carta del 29 Jun 79, dirigida a este Ministerio, por la que solicita información sobre Hugo Luis TONINI.

Al respecto llevo a su conocimiento que las autoridades jurisdiccionales competentes comunican que no existen constancias sobre su ubicación, como así también que no se encuentra detenido.

No obstante se prosiguen las diligencias tendientes a lograr su paradero, de cuyo resultado se le informará periódicamente.

Saludo a Ud. muy atentamente.-

D.O.



Comandante Mayor (R) REBECA RAMON PERON
Jefe DEPARTAMENTO SEGURIDAD

Respuesta al Habeas Corpus presentado por la familia

Por muchos años, no se podía hablar de mi hermano en mi familia, porque mi mamá se ponía mal; vivió acostada y durmiendo hasta que falleció, a los 87 años.

Una cuñada me hizo notar que ella caía internada siempre en septiembre, el mes en el que desapareció mi hermano. Entonces, empecé a hablar con ella y, a raíz de esas charlas, no volvió a ser hospitalizada. A partir de entonces, empecé a poner fotos de mi hermano, a hablar con mi mamá y con mi hermana, porque yo les decía que si no hablábamos y no lo recordábamos era como si desapareciera dos veces, por una parte, socialmente y, por otra, familiarmente. Por eso yo lo tengo siempre presente, con mis hijos y con una de mis sobrinas.

Hace algunos años, me dieron un teléfono de ayuda a familiares de detenidos-desaparecidos para elegir entre Morón y Moreno; yo elegí Moreno. Cuando llegué no pude terminar el primer relato. Además, tenía miedo de que mi mamá se enterara de que había ido porque se ponía mal. Pero, finalmente, fue con mi hermana y estaba contenta, incluso donó sangre para los exámenes de ADN. Yo no sabía cómo explicarle esto porque era asumir que mi hermano no iba a volver, ella siempre lo había estado esperando.

Hugo Tonini, presente.

Hoy una amiga me regaló una flor
 Esa flor es un regalo para mi tristez
 Tristeza vana que no me deja vivir en paz
 Como quisiera tenerla un día para mi sola,
 Hijo querido, pensando te amo, cuanto te llamo!
 Ni en sueños tengo el consuelo de verte
 ¿Dónde estás Dios querido, cuándo te voy a ver?

Horas amargas, que no olvidaré
 Un día ya lejano me hicieron sentir
 Ganas de volverme de mi hogar
 Ojalá me dejes morir, Dios mío, sin verlo otra vez

Lindo, precioso, ¡cómo me gusta!
 Un día cualquiera pero vuelve
 Inmensa dicha será ese día
 Sueños dorados que espero en vano volverte a ver
 Todo es tristeza y agonía
 Otros días felices, también
 Nunca te olvidaré
 ¡Quisiera ser mi dolor
 Podría portar contigo mi corazón
 Ningún que tenga que un día me llame a su casa

Horas felices cuando nacíste
 Un día glorioso que me olvidare
 Ganamos el cielo un padre y yo
 Otros hermanos también lloraban de alegría

Poesía escrita por la madre de Hugo, Adelfa Contreras

Reinaldo José "Chango" Monzón:

“Y lo encontré”

Testimonio de su hermana, Graciela Monzón

Soy Graciela Monzón, hermana del desaparecido Reinaldo José Monzón, a quien le decían “El Chango Monzón”. Reinaldo desapareció el 21 de abril de 1977, a las 22, es cuando lo retiraron de la casa particular de mis padres. Diez minutos antes de que se lo llevaran, yo había estado con él cociendo la ropa de fajina, porque estaba haciendo el servicio militar en el cuartel de Ciudadela. Le dije: “Reinaldo, te dejé la ropa, me voy porque viene el segundo tiempo del partido de fútbol y mi marido me vino a buscar”. Si no hubiese sido así, tal vez no estaría contando la historia. “Bueno, bueno, no hay problema, mañana nos vemos”. A él le daban todos los días permiso porque el cuartel estaba cerca de donde vivía; además, hacía trabajos de carpintería en la casa del Teniente Coronel Fichera.

Mi hermano y mis padres vivían en Merlo Norte y yo en Merlo Sur. Cuando llegué a mi casa, abrí la puerta y ya me estaba llamando mi mamá diciéndome que apenas me había ido habían saltaron seis personas de arriba de los techos. Uno de esos hombres había venido a la tarde y lo había recibido yo; dijo que era hermano de un compañero de Reinaldo y vino a preguntar la dirección del cuartel, contando que a su familiar lo habían trasladado allí por haberse portado mal. Yo le pregunté cómo conocía a mi hermano y me respondió que el suyo le había hablado de un tal Chango y le había pasado su dirección. Entonces le pedí a mi mamá los papeles de las citaciones del ejército y ella me los trajo. Hice pasar a este señor a la cocina y estaba muy nervioso. Era un 21 de abril, caían las hojas de los árboles, me acuerdo perfecto. Tenía una campera negra, naranja por dentro. Le ofrecí asiento y no aceptó. Le pregunté dónde estaba parando y respondió que en casa de una hermana; parecía que quería salir corriendo.



Reinaldo José Monzón

“¿No siente calor?”, le pregunté, porque se había subido el cierre hasta arriba.

“No”, me contestó y tampoco aceptó tomar algo. Se fue enseguida; recuerdo patente su cara.

Cuando se fue, llamé a un vecino, Manuel. “Viste a ese hombre, ¿para dónde doblo?”, le consulté. “Va corriendo para allá, dos cuadras, ¿quién es?”, me respondió. Yo le conté lo que había pasado. “Che, qué macana, con todo lo que está pasando y vos le das la dirección”, me advirtió.

Esa misma persona es la que volvió acompañada de otras seis más. A la vuelta de mi casa había seis Falcon. A mi hermano lo llevaron con la ropa de fajina porque él se acostaba así para no quedarse dormido, se levantaba a las cuatro de la mañana para presentarse en el cuartel. Se lo llevaron, así, descalzo. Una hermanita mía lo siguió un par de cuadras. Le preguntaron a mi hermano quién era y Reinaldo le respondió que era nuestra hermana. “Decile que se vuelva sino la cargamos”. En ese momento yo tenía 23 años, hijos de tres, de dos y de uno. Mi hermano tenía dos años menos que yo; estaba por salir del servicio militar.

Después de eso, mi mamá me llamó y salimos a la búsqueda. En segundos llegué a Merlo, donde me esperaba mi papá. Llegamos al cuartel de Ciudadela. Estaba todo apagado y la guardia en la calle. Como no encontrábamos a nadie, tocamos un timbre. Cuando entraron los camiones, me mandé por atrás; caminé una callecita y llegué a una entrada de dos aguas.

Entré y me senté en el banco frío hasta que alguien me atendiera sin pensar en nada malo, yo iba para asentar lo que le había pasado a mi hermano. En eso veo que un hombre se saca los bigotes; el otro, la peluca; el otro, el gorro.

“¡y esta mujer qué hace aca!”, gritó fuerte el que se había sacado el bigote y les dijo de todo. “No, señor, yo vengo avisar que a mi hermano lo retiraron de su casa. Quería presentar denuncia”, le respondí yo. “¡Sáquenla de acá!” volvió a gritar. “Señora, venga mañana”, me pidió otro. Me acompañaron a la puerta y me pidieron que me retirara.

De ahí nos fuimos con mi papá a Merlo a hacer la denuncia. Mi hermano no aparecía.



Reinaldo, de niño

Después de un mes nos presentamos nuevamente y nos atendió el Oficial Flecha. “Mire, señora, lamentablemente, a su hermano todavía no lo hemos encontrado, le vamos a entregar el documento, usted siga con la búsqueda. Acá lo hicimos figurar por desertor, dado que es la única forma de ubicarlo”, me dijo.

“Lo lamento pero los documentos no los llevo, porque mi hermano estaba bajo bandera y si a mi hermano le pasó algo, me lo tienen que devolver ustedes. Él estaba con la ropa militar, se lo llevaron así”, le respondí. No acepté que me devolvieran los documentos y volví a los quince días y me atiende un señor.

“Yo a usted lo conozco, está en un cuadro en mi casa”, le conté y él se asombró. “Usted hizo el servicio militar con mi hermano en la escuela paracaidista de Córdoba, usted está cuando lo lanza a mi hermano del avión. Usted es el Teniente Primero Pascual”, le expliqué.

Me pidió que me quedara tranquila, que me iba a averiguar, “esperá un cachito”. Era blanco y pelado, volvió más blanco todavía. Vaya uno a saber qué le dijeron ahí adentro. Me dijo que al día siguiente volviera; volví y resulta que ya lo habían sacado.

Fue un drama: mis hermanos se recluyeron todos en sus casas; éramos siete, quedamos seis con el secuestro de Reinaldo; mi mamá se murió en una agonía y tristeza muy feas, pero yo le prometí que iba a encontrar a su hijo. Y lo encontré.

En el 2008, me presenté en la Dirección de Derechos Humanos de Moreno, donde me hicieron una extracción de sangre. Cuatro meses después, me informaron que habían encontrado a mi hermano. Fue muy rápido. Yo pedí que lo armaran, porque me parecía una cosa que no podía ser. “¿No será para dejarme tranquila?”, me preguntaba. Y me lo armaron. Era mi hermano por los dientes, por las facciones de la cara, la fractura de una pierna jugando al fútbol. Y yo que estaba creída que las cabezas eran todas iguales. Y no, el tenía sus facciones.



Campamento con niños del Instituto Riglos



Reinaldo junto a un amigo en la basílica de Luján

Mi hermano era un militante de la juventud peronista e iba a buscar a chicos del Riglos para llevarlos a pasear, venía con un médico cardiólogo y los llevaba a realizar campamentos. También los llevaban a la Medalla Milagrosa, hacían ollas populares, jugaban al fútbol. Los llevaban a pasear a Lobos, a Córdoba con el cura Chingolo y el Obispo Raspanti.

Era carpintero, a los 18 años, ya tenía el taller de carpintería en mi casa y llegó a tener todas las herramientas. Le gustaba jugar al fútbol, fumar, comer torta frita, papas fritas y milanesas, y reunirse con el cura y los chicos en la Medalla Milagrosa. Era muy lindo.

A mi hermano me lo entregaron en el cementerio de Avellaneda, en 2009, pero el grupo de Antropología Forense lo tenía desde 1988. Mi mamá falleció en 1990, yo pienso que él vino a buscarla.

Le hicimos una misa en la Medalla de la Milagrosa. Fue una cosa muy especial, las palabras del padre fueron muy fuertes. También se descubrió una placa en su honor en el Ministerio de Defensa. Fue reconocido como soldado y lo sacaron como desertor.

Lo enterramos junto a mi mamá. Mi papá pudo despedirse de él, y murió con dignidad gracias a la pensión que le asignaron como padre de desaparecido.

Yo vengo luchando desde los 23 años; hoy soy abuela de once nietos y les voy traspasando lo que nos pasó en la familia. También se los cuento a ustedes y ustedes se lo contarán a sus hijos y ellos a los suyos. Tenemos que seguir luchando, la lucha continúa.

Quizás pude lograr la paz de mi padre y de mi madre, pero no la mía.

En este testimonio no quiero dejar de recordar a mi padre: Manuel Monzón, que, antes de morir me dijo: “seguí adelante luchando, seguí con esta gente, que, algún día, se va a hacer justicia”.

Mi agradecimiento eterno a la Dirección General de Derechos Humanos de Moreno, su Director, Miguel Fernández, Alejandra Ballester, Viviana Valentich y a todos los compañeros y compañeras de la Comisión de Familiares por su dedicación y acompañamiento y su trabajo incansable por buscar la historia. Al Intendente Municipal, Mariano West, que me abrió las puertas en el Distrito de Moreno, a los antropólogos, que son de un nivel humano impecable. Todavía hay gente que plantea que esto no pasó, y a los futuros gobernantes que, hoy en día, quisieran poner punto final a esta historia, pero somos los herederos de sangre, las ideas no se matan. Seguiremos en la lucha. Memoria, verdad y justicia.

Reinaldo José "Chango" Monzón, presente.

MEMORIA, VERDAD , JUSTICIA

REINALDO JOSE MONZON

CLASE 55

MILITANTE DE LA JUVENTUD PERONISTA

RESTOS HALLADOS EN CEMENTERIO

AVELLANEDA

Folleto recordatorio de familiares y compañeros

Osvaldo Domingo Balbi:

“Mientras remontábamos un barrilete”

Testimonio de su hija Carolina Balbi

Papá nació el 24 de junio de 1944 en el Hospital Ramos Mejía. Hijo de obreros que lo llamaron Osvaldo Domingo Balbi, “Osvaldito”, sus primeros años transcurrieron en el barrio de Boedo; de ahí su corazón cuervo: era fanático de San Lorenzo. Sus padres -gracias a los planes de Perón- accedieron a un terreno en Villa Bosch, frente a lo que muchos años después sería la fábrica Fiat, allí construyeron la casa donde Osvaldito creció.

A los 14 años conoció en el barrio a Cristina, mi madre. Juntos y de novios, comenzaron a militar en el Partido Socialista Argentino; luego se fueron fraccionando siguiendo siempre cada vez más a la izquierda, hasta llegar a conformar parte de lo que se denominó “Partido Comunista Marxista Leninista”, o “Vanguardia Comunista”, una agrupación maoísta, que jamás tuvo brazo armado ni tomó la armas, de acuerdo a los preceptos de la revolución china que debía comenzar por el campesinado.

Así fue que en 1965, con 21 años, mis padres contrajeron matrimonio y fueron a vivir a Tucumán, a comprender los orígenes de la revolución desde los campesinos. Ese mismo año Editorial Barrilete publicó su primer libro de poemas *Expediente para el asombro*, que recibió el premio municipal. Papá trabajó en el ingenio, y mamá fue maestra rural. Siguieron sus carreras de Filosofía y Letras en la Universidad de Tucumán, donde formaron la agrupación estudiantil “Túpac Amaru”. Para ese entonces, sus compañeros lo conocían como “Rafa”.



Osvaldo Balbi junto a su esposa Cristina y familiares



Osvaldo con su esposa Cristina



Osvaldo Balbi

En 1969 nació yo. Unos años después se separaron, aunque siguieron siendo compañeros de militancia. Papá comenzó a trabajar con la gente del Ingenio Ledesma en Jujuy. Publicó varios artículos sobre la industria azucarera con su firma en *La Gaceta de Tucumán*. En 1975, en el Operativo Independencia, mamá cayó presa en San Salvador de Tucumán y recién recuperó la libertad en 1979.

En 1976, después del golpe, papá volvió a Buenos Aires, donde continuó militando en la clandestinidad, y publicó algunos artículos sobre los ingenios azucareros en *Todo es Historia*, de Félix Luna, pero, esta vez, ya con seudónimo. En ese tiempo, conoció a Celina, hermana de un compañero de militancia, Tío Julio. Ambos formaron pareja y se mudan a Moreno. Allí mi papá junto a su padre, el abuelo Horacio, refaccionó y reconstruyó un viejo casco de estancia abandonado. Así comienzo un gran proyecto familiar junto a los seis hijos de Celina, yo y la gran noticia: esperábamos una hermanita, para completar “los tuyos, los míos y los nuestros”.

El sueño quedó trunco porque un domingo de agosto de 1978, en pleno festejo del Día del Niño, mientras remon-
tábamos un barrilete que papá nos había hecho con sus propias manos, llegaron militares de civil y lo secuestraron
lo llevaron junto a su compañera, embarazada de nueve meses.

Los llevaron a centro clandestino “El Vesubio” y Celina parió a mi hermanita María Fernanda, en Campo de Mayo.
Unos meses después, las liberaron en medio del campo y pudieron llegar con vida a su casa. Prontamente, Celina
y sus hijos más chicos, junto con mi hermanita bebé se exiliaron en Francia.

Papá fue visto con vida por última vez en septiembre de 1978 en El Vesubio; aún no encontraron sus restos. Papá
fue escritor, poeta, periodista, artesano, empleado y, por sobre todas las cosas, militante. Vivió 33 años.

Hace un tiempo tuve que hacer una reseña de su vida para el libro de poetas detenidos desaparecidos *Escritos en la
Memoria*. Allí conté su secuestro una tarde de domingo soleado en Moreno, en nuestra casa familiar. Un tiempo
después, a fines de 2006, recibí la llamada del Secretario de Derechos Humanos de Moreno, Miguel Fernández: al
enterarse de que papá era un vecino de Moreno no dudó en contactarme. Así me enteré que nuestra casa quedaba
en Trujui. Conocí a su compañera Alejandra Ballesteros, me recibieron con los brazos abiertos, compartimos nues-
tras historias de valor y juntos trabajamos en la reconstrucción colectiva de la Memoria del barrio. Me ayudaron
mucho en todo lo que necesité y permanentemente me hacen partícipe de su labor, actos y homenajes. Gracias
eternas.

Osvaldo Domingo Balbi, presente.

Lo encontramos en la calle haciendo cosas comunes; moviéndonos con gestos comunes. Es un hombre común. Vive de trabajo, tiene ideales políticos definidos, se mueve con esquemas políticos y precisos, ama, odia.

Se llama Osvaldo Balbi y morirá desde chico. Le hicimos cuatro preguntas directas. Nos respondió como sigue.

P: ¿Por qué escribis poesía?

R: "Porque me resulta fácil y porque es una forma de expresión útil para colectivizar ideas y sentimientos. Los que estamos por un nuevo país y un nuevo hombre, tenemos que decirlo, compartirlo, gritarlo a voces. Sobre todo en un país donde durante décadas los círculos oficiales han tratado de apagar los voces que reclamaban justicia, liberación, cambios."

Trato de contribuir con lo que puedo a la cultura popular."

P: ¿Qué entendés por cultura popular?

R: "En primer lugar aquellas manifestaciones que en el terreno político, filosófico, científico y artístico expresan los intereses inmediatos e históricos de los obreros y el pueblo trabajador, en nuestro país explotados socialmente por imperialistas (en particular yanquis) y oligarcas. En segundo lugar, todo lo anterior hecho de manera accesible a mas manos y a quienes expresen y va dirigido. Es decir, considero cultura popular aquello que en los terrenos mencionados, por su contenido y

por su forma, sirva a los trabajadores y al pueblo."

Aclare que entiendo contenido y forma la principal en lo primero. Por eso ante un producto cultural, lo primero que juzgo es si expresa o no intereses populares que no son del todo accesibles al hombre común (por el atraso a que nos han sumido durante años). Sin embargo los apuro en la medida en que buscan el progreso, intentan difundir ideas revolucionarias, exponen puntos de vista favorables al avance del proceso liberador. Claro que lo ideal (y con esa idea trabajo lo cual es el producto cultural correcto por su contenido y accesible o bello (en el caso de los artistas) por su forma."

P: ¿En qué escuela definís tu producción?

R: "Hablar de escuela es un poco retórico. Podría decirse que mi escuela es la de todos los que luchan en decir, la escuela de la vida."

Hablamos, mejor, de "orientación". Entonces podrías decir que mi orientación es el realismo crítico y revolucionario. Realismo porque trato de expresar la realidad del hombre concreto que sufre y vive, que grita y calla, quiere y desgracia, se al marcho de un país sometido. Crítico porque ese hombre tiene un signo principal en su conducta: consciente o inconsciente: la protesta, la rebelión. Revolucionario, porque ese hombre quiere subvertir el orden, cambiar de manera revolucionaria la realidad que critica. Me defino

por la liberación nacional, la democracia para el pueblo, una sociedad sin explotadores ni explotados."

P: De tus definiciones surgiría una orientación, digamos, "social" para tu poesía. Sin embargo hemos leído poemas tuyos sobre temas íntimos, el amor individual, por ejemplo. ¿Cómo se explica?

R: "Muy simple: lo íntimo no tiene por qué ser privado, por lo menos en lo que tienen de universal. ¿Por qué no hablar del amor a una mujer? ¿O vamos a dejar que sólo hablen de eso los millones autores de canciones comerciales? Ellos tienen y difunden una concepción del amor que en mi opinión es decadente, egoísta, y en la mayoría de los casos superficial y utilitaria. Yo hago y trato de difundir otra concepción del amor y la pareja como unidad fraternal suada que está puesta al servicio del pueblo. Hablo, por decirlo así, del amor revolucionario."

Sigamos hablando mucho más, mientras consumamos cigarrillos y café. Así fuimos penetrando con facilidad en el mundo interior de este joven poeta y sus escritos. Podríamos dar aquí más datos sobre su mundo, pero dejémoslo para sus propias palabras. Lo hacen mejor que nosotros.

OSVALDO

BALBI

4

PREGUNTAS

Y DOS

POESÍAS

Por ADOLFO S. SANCHEZ

OS publicó su primer libro de poesía en 1955 con la editorial Barrilero. Se llamaba "Expediente para el hombre". Después de 7 años de silencio volvió que trabajó en prosa, primero en el cual publicó "Sugar Co.", una investigación sobre la industria azucarera; volvió a la poesía "De Uno en Uno", folleto de reciente publicación. También ensayó literatura infantil, publicando a fines del año pasado, "Pequeña Historia de dos elefantes", cuento ilustrado por la plástica Juella Olga Soris. Lo que publicamos a continuación son dos poemas de los 3 que prevalecieron la Dirección de Cultura de la Universidad de Buenos Aires para ser incorporados a un libro de próxima aparición. Sirve lo nuestro, entonces, como un auspiciado anticipo.

EL INTRANSIGENTE

SALTA, DOMINGO 2 DE JUNIO DE 1974

ediciones cultura popular

Entrevista a Osvaldo Balbi publicada en el periódico El intransigente

María Cristina Cournou y Claudio Nicolás Grandi:

“La memoria es una militancia difícil”

Testimonio de su hija, Yamila Grandi

Hacer visible lo invisible

Soy hija de desaparecidos. Mi mamá, María Cristina Cournou (embarazada de cinco meses al momento de su secuestro) y mi papá, Claudio Nicolás Grandi, fueron secuestrados en Junio de 1976. Ambos habían militado en el Partido Comunista y en el Partido Revolucionario de los Trabajadores; mamá también en el gremio docente.

La desaparición de mis padres hizo que la construcción de mi identidad se viera atravesada por un ejercicio permanente: llenar el vacío. Llenar “los vacíos”: de mi historia familiar, de mis padres como personas, de su historia... Siempre me sentí como quien mira el negativo de la foto, buscando en una mancha negra la imagen deseada. Si bien tuve el valiosísimo relato de familiares y, especialmente, mis abuelas, me vi en la necesidad de encontrar estrategias de búsqueda y supervivencia. Busqué por todas partes y encontré... cosas. Sí, cosas; objetos personales, máquinas, ropa, libros... Cómo olvidar las veces que un collar de mamá me acompañó a dar un examen, o un libro de papá me guió tiernamente en el camino de la literatura; en la pasión por ella. Así los hice presentes; porque jamás me resigné a su ausencia. Los lloré, los evoqué, los admiré, me enojé con ellos, pero nunca permití que “desaparezcan”.



Maria Cristina Cournou y Claudio Nicolás Grandi

Sobrevivir

Sobreviví porque los secuestradores me dejaron en casa de una vecina. Sobreviví gracias al cuidado de mis abuelas. Sobreviví porque encontré en el arte el escenario ideal para dar pelea a mis fantasmas. Vengo de una familia de artistas; por eso siempre me sentí “de local” en ese universo. Inicié mi camino desde muy chica, en mi querida Escuela de Educación Estética de Moreno. No lo sabía entonces, pero allí estaba forjando una estructura vital, no sólo para mi supervivencia emocional, sino también mi desarrollo como persona. Me dediqué al teatro y la literatura. Gracias a estas disciplinas, la mordaza del opresor nunca estuvo en mi boca. Soy una agradecida.

Mi tío, Víctor Heredia, escribió en su canción: “Ya no quiero ser solo un sobreviviente, quiero elegir el día para mi muerte”. Afortunadamente, hoy puedo decir con alegría y orgullo que ya no sobrevivo: vivo. Cuando veo los ojos de mis hijas mirándome desde sus infancias felices, me atrevo a agregar: “¡lo logramos!: la herida ya es cicatriz”. Y el día que encontremos a mi hermano/a nacido/a en cautiverio, el festejo será completo.

Los hechos y la memoria

Siempre tuve que luchar contra el olvido. La memoria es una militancia difícil porque muchas veces se borra aquello que más deseamos atesorar. Involuntariamente, se evaporan los recuerdos: el olvido nos acecha permanentemente. Siempre me resultó arduo retener los datos sobre la militancia de mis padres, por ejemplo. Cuando tuve que declarar para la causa donde se incluye, su desaparición, esto dije: *Al momento del secuestro yo tenía dos años y medio. El relato que puedo hacer está basado en los fragmentos que han quedado en mi memoria. Vale decir que, a esta altura, no puedo discernir a ciencia cierta qué es recuerdo y qué fantasía y/o construcción en base a relatos que posteriormente escuché sobre el secuestro en boca de terceros; de mis abuelas, Julia Rebollo de Grandi y Antonia Jesús Heredia, especialmente.*

Es de noche. Se escuchan golpes fuertes a la puerta. Gritos. Gente ingresa en la casa con violencia y van hacia el interior. Mi habitación es la que está más al fondo. Llegan hasta ahí. Me cubro la cara con una sábana. Mis padres se resisten. Lloran. Los golpean. Salto en el tiempo y blanco en mi memoria; no recuerdo cómo salgo de la casa. Me cuentan después que fui ingresada a la vivienda de la vecina por la ventana. Me encuentro en allí. La veo tratando de calmarme. Lloro desconsolada, pido por mi mamá. Ella no se da cuenta, pero tiene un velador que me da directamente en la cara y la luz me lastima. En la pared hay un póster: un equipo de rugby. La casa quedó desordenada, y con algunas cosas rotas. También robaron varios objetos. Creo que algún electrodoméstico y una colección de pipas. Robaron nuestro auto: un Ami8 color naranja, que era nuevo. Se llevaron del auto toda la documentación. Yo no logro recordarlo, pero sé que esa noche, mi padre me dejó un mensaje escrito en la puerta de mi habitación. Dice: "Yamila te quiero mucho y a tu mamá la amo". Conservamos esa puerta todavía.

Las gracias

Mis abuelas me enseñaron muchas cosas importantes: el valor de la dignidad, el poder de la lucha, el compromiso con amor (no concebían otra forma de compromiso y yo tampoco), y también me enseñaron a ser agradecida. Agradezco esa enseñanza, si cabe la redundancia. Porque el agradecimiento es una de las caras del amor y también de la dignidad. Cuando pienso en todas las personas que pasaron por mi vida y, de una u otra forma me acompañaron con su afecto, su sabiduría y su belleza, mi corazón se ilumina. Mientras escribo estas líneas, sonrío agradecida al imaginar un hipotético lector que me deja entrar en su emoción y su conciencia. Porque sé que somos muchos hoy en día los que decimos con convicción: "nunca más".

María Cristina Cournou y Claudio Nicolás Grandi, presentes.

Juan Carlos Pellegrini y Esther Luque:

“Querían vivir la vida al máximo”

Relato de la hermana de Juan (y cuñada de Esther), Ana María Pellegrini

Mi nombre es Ana María Pellegrini, soy la hermana de Juan Carlos Pellegrini y vivíamos en Parque San Martín, Merlo. Él formaba parte de Montoneros Columna Oeste y desapareció el 1 de julio de 1978, a fines del Mundial. Ese mes desaparecieron varios compañeros del oeste que estaban relacionados con mi hermano. Juan era bancario, pero tuvo que dejar su trabajo por persecuciones políticas. Nos contactábamos con él semanalmente a través del teléfono de un amigo de mi padre, hasta que se cortaron las comunicaciones y, a partir de entonces, no supimos nunca nada más.

A través del aviso recordatorio en Página 12, se comunicó conmigo Petra, la hermana de Mario y Lito Marzoca, con quienes Juan compartía una casa en Paso del Rey. Al parecer, el día de la desaparición, tenían una cita en un bar de Av. San Juan y Rosario, Caballito. Según supone Petra, sus hermanos tuvieron como destino Campo de Mayo, por eso pensamos que el mío estuvo en el mismo lugar. Con la Secretaría de Derechos Humanos de Moreno participamos en una reunión e intentamos encontrar la casa, pero no pudimos localizarla.

Juan cursó el secundario en la Escuela N° 1 de Merlo, donde participó del Centro de Estudiantes, organizando actividades extraescolares, juegos de ajedrez, fue así que empezó a leer obras políticas, con más razón porque mi papá era peronista y siempre se había hablado de Peronismo en casa. Mi familia pudo tener su casa en Merlo gracias a un plan de viviendas de Eva Perón.



Pañuelo usado por la madre de Juan Carlos

La participación política de Juan continuó con su incorporación al Movimiento Revolucionario 17 de Octubre y, luego, a la Juventud Peronista y Montoneros. No quería que yo participara, porque era más chica y me protegía, además, teníamos a mi mamá enferma: “Con uno en la familia basta y sobra”, me decía. Mi papá siempre apoyó sus ideas, pero tenía miedo de lo que podría pasar. Él fue uno de los primeros obreros de la fábrica Volcán y, cuando llegó el momento de ser ascendido a capataz, rechazó el cargo porque no quería controlar a sus compañeros.

Juancito, como le decíamos, era muy bueno, muy querido en el barrio, le gustaba leer, jugar al ajedrez y tocar la guitarra. Sus amigos le tenían mucho aprecio, el primer homenaje que le hicieron fueron sus compañeros del Banco Nación, que formaron una comisión por la memoria y todos los años hacen actividades.

La compañera de Juan se llamaba Esther, era una docente muy comprometida -sindicalista de colegios privados de Córdoba- y había participado en el Cordobazo. Llegó a Buenos Aires casi con lo puesto luego de estar un año presa y se conocieron porque se hospedó en la casa de unos compañeros. Pasaron unos meses muy felices, querían tener un hijo, estaban buscando, pero, hasta el momento que yo sé, ella no había quedado embarazada. Querían vivir la vida al máximo, porque sabían que en cualquier momento podían llegar a morir.

Ella desapareció primero, el 29 de marzo. Los estábamos esperando para cenar porque era el cumpleaños de mi papá; cuando golpearon la puerta pensamos que eran ellos, pero, en cambio, era Jorge Quiroga, un compañero que venía a avisarnos que Esther había sido secuestrada. Mi hermano estaba destrozado, pero la última vez que pude hablar con él me dijo que no tenía miedo a la muerte, que no se iba a escapar porque no era ningún cobarde.

El día anterior al jueves santo me había encontrado con él porque tenía la costumbre de esconder cosas en mi habitación y fui a llevarle unos dólares que había guardado en uno de mis zapatos; su misión era asegurarles la mensualidad a los familiares de los presos políticos. La noche de ese mismo día cayó un grupo de militares, rodearon la manzana, vinieron a mi casa y nos preguntaron por Juan. Revolvieron todo, a mí me encerraron en la cocina

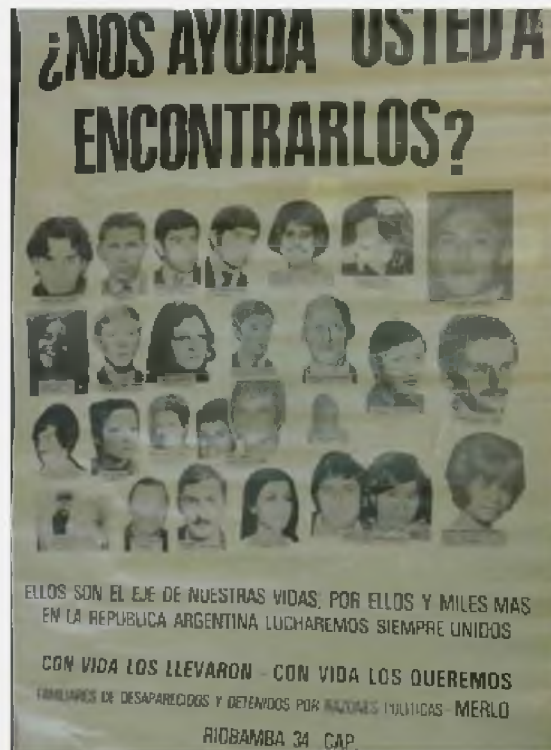


Juan Carlos Pellegrini

y me preguntaron en qué andaba mi hermano; les dije que no sabía y me contestaron que era montonero. Por suerte, con mis padres habíamos acordado lo que íbamos a decir y nadie se pisó.

Después de la desaparición de mi hermano, mi mamá formó parte de Madres de Plaza de Mayo; venía con la libretita, con direcciones donde tenía que presentar las denuncias, el Habeas Corpus, el colectivo que tenía que tomar. Así empezaron a apoyarse unas a otras, con mucho miedo. También algunos padres, menos que las madres porque trabajaban y porque ellas pensaban que, como madres y como mujeres, a ellas los militares no iban a hacerles nada. Igualmente, mi papá iba. Los corrían, les tiraban gases.

Recuerdo el día en que mi madre vino con la instrucción de hacer un pañuelo blanco con una tela simple, de algodón. Había que bordarlo con el nombre del hijo desaparecido. Lo hice con birome azul, todavía se nota la inscripción.



Búsqueda de desaparecidos en el partido de Merlo

Hoy formo parte del Grupo de Familiares Detenidos-Desaparecidos de Moreno-Merlo. A la Dirección General de Derechos Humanos de Moreno me acerqué para hacer el ADN para el equipo de Antropología Forense. Conocí a Miguel Fernández y su equipo, quienes recibían a los familiares con tanta calidez y contención que me incorporé al grupo para trabajar por la Memoria, la Verdad y la Justicia. Es el mejor homenaje que le puedo hacer a mi hermano.

Juan Carlos Pellegrini y Esther Luque, presentes.

Rosalía Zarza Segovia y Augusto César Sandoval:

“Los mejores recuerdos”

Testimonio de su hijo, Omar Sandoval

Mi mamá se llamaba Rosalía Zarza Segovia y mi papá Augusto César Sandoval. Ella era de Misiones y él de Corrientes, pero se conocieron en Lanús. Se pusieron de novios cuando tenían 19 y 18 años. Después se casaron y vinieron a vivir a Moreno, al barrio 12 de octubre, donde todavía vivo yo. Del matrimonio nacimos tres hermanos: Mario (el más chiquito), Silvia (la del medio) y yo, Omar, que soy el mayor.

De la militancia de mi papá no me acuerdo mucho, porque ellos no hablaban delante de nosotros. Sí recuerdo que a dos cuadras de mi casa un compañero de mi papá tenía un almacén. Se llamaba Lucas Escobar, vivía con su esposa, Marisa y su hija, Analía. Mis papás solían reunirse allí. Nosotros íbamos a comer a ese lugar, pero cuando ellos tenían que hablar, se apartaban. Después supe que mi papá militaba en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Eso fue recién en el año 2001, cuando conocí al compañero Miguel Fernández, en la Comisión de Familiares de Detenidos-Desaparecidos Moreno-Merlo.

Cuando secuestraron a mis padres, yo tenía 9 años, mi hermana 7 y el más chico 2. Fue el 22 de diciembre, entre las 23 y las 24 hs. De esa noche me acuerdo todo. Mi papá había llegado tarde de trabajar, él era yesero. Me había dicho que fuera al almacén a comprar fiambre, porque no habíamos querido comer antes. A mí me habían regalado una bicicleta hacía poco tiempo. Entonces le respondí: “Bueno, dale, agarro la bici y voy”. “Con la bicicleta, no - me dijo mi mamá- Si vas, vas caminando”. Y yo le dije que si no era con la bici, no iba. Así que nos fuimos a dormir.

Estábamos durmiendo cuando escuchamos el golpe. Habían reventado la puerta. Para mí eran militares porque estaban vestidos de verde, con armas largas y armas cortas. Yo conté 11 más el fotógrafo, de quien siempre sospeché que era el fotógrafo del barrio. Empezaron a revisar todo, a mi papá lo tiraron abajo en la cama con el revólver en la cabeza; a nosotros nos dijeron que nos tapáramos con la frazada, pero tenía un agujero, así que vi todo. Mi mamá gritaba desesperada. Le dijeron que a ella no la iban a llevar, pero que si seguía gritando, lo harían.

Como faltaba poco para navidad, mi papá ya había casi comprado todo, faltaban solo los detalles. A él le gustaba pasarla bien, porque para eso trabajaba todo el día. Los militares arrasaron con todo, no dejaron nada.

Después de muchos insultos, a mi papá lo sacaron encapuchado. Mi mamá empezó a los gritos: “no se lo lleven, no se lo lleven”. Entonces, la encapucharon también a ella y se la llevaron. Nosotros sospechamos que estaba embarazada, eso me lo contaron vecinas del barrio, con quienes mi mamá solía hablar.

Cuando se los estaban llevando, mi hermanito -que no caminaba bien porque había nacido con un problema en las piernas- salió corriendo a abrazar a mi mamá y, así como la abrazó, lo agarraron los militares y lo tiraron contra la pared de la casilla. Él rebotó en la cama y cayó en el suelo. Era un bebé chiquitito.

A mis padres se los llevaron en un vehículo grande. Yo lo recuerdo como un camión de bomberos, pero después me dijeron que era un colectivo. Era de color rojo, naranja.

A nosotros nos dejaron con la familia Rojas, que eran vecinos. También se lo pidieron con insultos.

De ahí fueron a buscar a Lucas Escobar y su esposa Marisa, los compañeros que militaban con mi papá. A la nena de ellos la dejaron tirada en medio de la calle. Se la quedaron los vecinos.



Rosalía y Augusto junto a amigos

A Marisa la liberaron a los pocos días. Ella imagina que estuvieron en el Tigre. Me contó que escuchaba los gritos de mi mamá y mi papá cuando los torturaban. Ahora ya no puede contar nada, no quedó bien y, al parecer, la amenazaron.

De mi papá tengo los mejores recuerdos. Me llevaba a trabajar con él. Cuando íbamos a Morón, me dejaba con mi primo en el Club Deportivo Morón. Ahí jugábamos a la pelota, nos metíamos en la pileta.

Yo siempre esperaba a que volviera de trabajar en un eucalipto, que estaba en la puerta de un almacén al que llamaban "El trece", porque allí paraba el colectivo. Siempre me traía algo. Él me había ensañado a trepar a los árboles.

Trabajaba mucho, en forma independiente. Porque no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

A mi mamá, yo la hacía renegar mucho, pero éramos muy compañeros, pasábamos mucho tiempo juntos.

Tuvimos una infancia hermosa.

Lo que siguió no fue fácil. A mis padres los torturaron físicamente y nosotros quedamos a cargo de mi abuela materna, que nos torturó psicológicamente. Nos pegaba de la mañana a la noche, nos dejaba sin comer.

Hasta que nos llevó a un juez de menores y pasamos un año internados. Primero estuvimos los tres juntos. Después nos separaron y mi hermana fue a un hogar para niñas y mi hermano y yo nos quedamos en el hogar mixto. A la noche, yo me levantaba para ver a mi hermanito, que estaba en Maternidad. Tenía que cruzar un pasillo muy largo, esconderme de mi celador y de las celadoras que cuidaban el sector donde estaba él. No sé cómo me las rebuscaban pero nunca me engancharon. Llegaba, lo abrazaba y me quedaba un ratito con él.



Augusto en su cumpleaños



Rosalía y Augusto

A mí me empezó a visitar una familia. Me acuerdo que tenían un coche hermoso, como el de Batman, y me querían adoptar. Yo les dije que no tenía problema, pero que si me adoptaban, tenía que ser con mi hermanito. Al principio, dijeron que sí, pero después, cuando vieron el problema físico que tenía, cambiaron de opinión. Y yo me quedé con mi hermano.

Un día, se publicó en el Diario que mi hermana iba a ser adaptada por una familia francesa, con su nombre y su foto. La nota fue leída por la maestra Nely del colegio N° 17, donde íbamos nosotros. Ella citó a mi abuela, quien les dijo que nos había internado porque no tenía para darnos de comer, entonces la escuela se comprometió a ayudarla para que no tuviéramos que separarnos. Fue así que mi abuela nos retiró del lugar y, nuevamente, comenzaron los maltratos.

Yo empecé a trabajar a los 10 años en una bicicletería y esa plata era para la comida de mis hermanos. A los 14 años no aguanté más y me escapé. Fui a trabajar a San Pedro, a la cosecha de naranjas y mandarinas.

Entonces, me avisaron que mi abuela quería vender la casa de mis padres. Yo decidí ir a ver a mi tía, la hermana de mi papá, que vivía en Lomas de Zamora. No me

acordaba cómo llegar, pero averigüé y encontré la casa. Cuando me vieron, mi tía y su esposo casi se desmayan, se quedaron sin palabras. Finalmente, nos fuimos a vivir con ellos y ahí empezó una vida de familia, llena de amor.

Hoy tengo seis hijos y les cuento siempre esta historia. También a mi sobrino, el hijo de mi hermano, porque él era muy chico y no recuerda casi nada. Para el futuro, espero lo mejor para mis hijos y encontrar a mis padres.

Rosalía Zarza Segovia y Augusto César Sandoval, presentes.

Ester Elsa César y Hugo Rubén Flores:

“Yo te estaba esperando a vos”

Relato de su hija, Patricia Laura César

Mi nombre es Patricia Laura César y esta es la historia de mi mamá y mi papá. A mí me contactó Miguel, Director de Derechos Humanos del Municipio de Moreno para donar sangre por mi mamá, Ester Elsa César. Entonces le conté que también mi papá estaba desaparecido, pero que no sabía su nombre, sí que le decían “el flaco Ezequiel” y que su familia vivía en San Martín; también le mostré fotos que tenía guardadas.

La historia de mis padres comenzó en 1974; yo nací a fines de 1975 y casi no los conocí porque los secuestraron cuando tenía un año y medio. Mi mamá vivía con mi abuela y él en otro lado porque era montonero, la única que sabía su verdadero nombre era mi madre. El 24 de abril de 1977, primero, la secuestraron a ella y la llevaron hasta donde estaba él. Nadie supo nada más. Fue justo la noche de mi bautismo; unas horas después tiraron la puerta abajo. Cuando mi abuela investigó, se dio cuenta de que habían hecho un trabajo de inteligencia: mi mamá no militaba, pero siempre lo cubría. Estaban muy enamorados.

El Director de Derechos Humanos de Moreno, me llevó a una reunión en el Hospital Eva Perón de San Martín, donde se reunían compañeros de la zona. Yo conté la historia de mi papá y mostré una foto, que, luego, llegó a uno de sus mejores amigos.

Esa persona se contactó con Miguel, quien me llamó y me dijo que había una posibilidad (siempre eran posibilidades) de que el equipo de Antropología tuviese los restos de mi padre. Fuimos esa misma semana. Como yo había donado sangre, mandaron a analizar el ADN, creo que a Estados Unidos, y dio positivo en un 99,9%. Era mi papá, tenían sus restos desde el año 1983.

Después el amigo de mi papá me quiso conocer, lo llamé y fui a verlo. Cuando nos encontramos, él lloraba y lloraba, se iba al baño y volvía para intentar hablarme; le gustaba escribir, entonces había escrito un libro sobre mi papá y yo estaba en ese libro.

Supe que se llamaba Hugo Rubén Flores. Un año antes le había dicho a mi abuela materna, María del Carmen, quien me crió, que no iba a morirme sin saber su nombre. Ella me había contado todo lo que sabía, hoy tiene 89 años y nunca tuvo miedo a nada. Hasta le escribió una carta a Videla y después vino a buscarla la policía preguntándole por qué había escrito eso.

El amigo de mi papá sabía más de la historia de la familia, me contó que había una abuela que lo había criado y que también tenía unas tías. Combinamos y un día fuimos a Villa Maipú. Allí nos estaban esperando la mejor amiga y el mejor amigo de mi papá, lloraban porque me conocieron de bebé.

Ellos me acompañaron hasta la casa de la abuela que había criado a mi papá, tenía 94 años. “Es la hija de Hugo”, le dijo la amiga de mi papá; entonces, abracé fuerte a mi bisabuela y me dijo “por qué tardaste tanto en venir, yo te estaba esperando a vos”. Fue impresionante, a los dos años falleció, pero yo siempre mantuve contacto con ella, no tenían fotos ni nada, lo único que me dio fue un cuadro y me dijo “esto es para vos”.

Después de que el análisis de ADN diera positivo, me llevé los restos de mi papá a mi casa, mientras le preparaban un homenaje en la villa de San Martín. En ese acto, se acercaron muchos vecinos y me contaron anécdotas de cuando era chico, las cosas que le gustaban, él había hecho muchas cosas en la villa.



Hugo y Ester con su hija Patricia



Epígrafe Hugo Rubén Flores

Yo tengo dos hermanos de parte de mi mamá, pero siempre me sentí distinta a ellos, sufrí la discriminación por parte de mi abuelo porque la única morocha de la familia soy yo.

Reconstruir mi identidad me cambió la vida por completo, tengo una historia y sé cómo pasó todo. Ahora continúo la búsqueda de mi mamá. No pierdo las esperanzas.

Ester Elsa César y Hugo Rubén Flores, presentes.

Oscar Miranda:

“Pensar en el otro”

Testimonio de su esposa, Adriana Rapetti

Me llamo Adriana Rapetti y, si bien nací en Merlo, viví la mayor parte de mi vida en Moreno. Mis abuelos se instalaron aquí, recién llegados de Italia y se dedicaron a la floricultura. Mi abuelo adoró siempre haber venido a la Argentina y nunca más volvió a su tierra. Recuerdo que estaba orgulloso de ser argentino.

Mi infancia transcurrió aquí, en Moreno. Mi adolescencia se desarrolló cerca de una iglesia que se llamaba en esa época “Santa María” y hoy se conoce como “Guadalupe”. Tuve la suerte de conocer allí al padre Pepe Piguillem y con él formamos el grupo de Juventud. Éramos “Los jóvenes de la capilla de Santa María”. Él fue una persona que nos ayudó mucho a pensar. Había viajado a Cuba y nos mostraba otra forma de lo religioso. Nos ayudó a mirar otras cosas y le debemos mucho, mucho, mucho. Sobre todo pensar en el otro y estar cerca del prójimo. Allí conocí y tuve a mis amigos, en ese ambiente transcurrió mi adolescencia. La militancia era algo que se iniciaba en la iglesia... Ibas, rezabas, pero se trabajaba mucho en el territorio. Había copa de leche, titeres, campamentos. Allí fue que, junto a la Biblia, empezamos a leer la doctrina peronista.

Cuando decidí entrar en la Facultad, me inscribí en la Universidad Tecnológica Nacional que estaba y está en Medrano y Córdoba. Allí, en primer año, encontré al que después sería mi esposo: Oscar... Oscar Miranda. Nos conocimos en 1972 y estuvimos juntos hasta 1977. El 15 de febrero de ese año desapareció. Yo tenía 23 y él 25 años. Él vino a plantearme trabajar en una propuesta nueva, un experiencia nueva a la que llamaban “Ingeniería

del Trabajo”. Era un proyecto que reunía a la Facultad de Medicina, la Facultad de Psicología y la Facultad de Ingeniería, en un espacio común que se llamaba “Universidad para el trabajador”.

Por aquellos años, la Tecnológica, nuestra Universidad Tecnológica, era para gente que trabajaba. Allí nos conocimos, en ese grupo de “Ingeniería del Trabajo” que se había armado como una “salida” de la universidad hacia la gente. Creíamos que era como una “devolución” al pueblo de lo que habíamos aprendido. En ese “ida y vuelta” hicimos un convenio con las fábricas de San Martín y nosotros íbamos, como técnicos, a tomar muestras ambientales en cada lugar de trabajo. Luego, en el laboratorio, analizábamos la polución de cada sitio. Éramos parte de una universidad abierta a la comunidad. Nosotros no cobrábamos nada, era una iniciativa muy motivadora. Un proyecto interesante en el que veías a la persona que trabajaba, al “obrero”, en los tres ámbitos: el psicológico, el médico y la parte de la ingeniería, que buscaba que todos trabajaran en un ambiente mejor y más propicio. El tema de respirar la lana era y es terrible.

Por aquel entonces decían en las fábricas que, en una época, cuando la gente estaba feliz, trabajaba cantando. Por eso, nosotros adoptamos para Ingeniería del Trabajo, el lema “Para que el obrero vuelva a cantar”. Queríamos que vuelva a ser un ambiente donde le diese ganas de trabajar, y no estar en un lugar donde estas respirando cosas que, ¿sabés qué?, tarde o temprano te llevan a la muerte. Oscar, junto a otros ingenieros y técnicos, habían diseñado una bomba de bajo costo que aspiraba la polución que pudiese haber en el aire de los talleres.

Yo estudiaba Ingeniería Química y Oscar también, aunque él estaba más avanzado. Él ya era técnico químico y yo era nueva, él ya era un militante y yo no. Oscar había venido de la corriente del Frente de Estudiantes Socialistas y allí permaneció hasta la llegada de la “Primavera Camporista”, en 1973, para pasar a la Juventud Universitaria Peronista.



Casamiento de Oscar y Adriana con los niños del Instituto Riglos



Adriana, esposa de Oscar, trabajaba cuidando niños del Instituto Riglos

Desde la JUP desarrollamos la Ingeniería del Trabajo. Trabajamos duro en eso y para 1975, creo, llega a Director de Ingeniería del Trabajo, Luis Mendiburu. Luis estaba casado con la hija de Silvio Frondizi. Ese año las triple A entraron en la casa de Frondizi y Luis, que estaba allí, salió a defenderlo y lo acribillaron a balazos. Para Oscar fue una gran pérdida porque eran muy amigos. A Luisito lo mataron inmediatamente, a Silvio Frondizi se lo llevaron y más tarde encontraron su cuerpo baleado a mansalva. Algo terrible.

Ese fue el primer golpe que tuvimos. Algo que nos golpeó en nuestros compañeros más queridos. Los velamos en la Universidad Tecnológica a los dos. Todavía recuerdo que en el cajón de Silvio, algún alumno le dejó como tributo una manzana porque todos se referían a él como “el maestro”. Sí, le dejaron ese recuerdo.

Cuando salimos a llevar los féretros, después del velorio, en Córdoba y Caninng, nos esperaba la policía. Empezaron a reprimir de tal manera que tuvimos que dispersarnos. Aún recuerdo que nos refugiamos con unos compañeros en una heladería. ¡Hasta helicópteros habían traído como parte del operativo!

Así era nuestra vida universitaria. Muy activa, muy intensa. Nadie que pasó, en aquel tiempo, por la Facultad pudo haber dejado de militar. Era imposible. Todo el mundo hacía algo que tenía que ver con la política. Más, en una Facultad como la Tecnológica, donde todos eran laburantes. Donde tenías que ser trabajador, para poder ser alumno. Ahí no había “nenes bien”, como les decíamos nosotros, a los que iban a la Facultad de Ingeniería de Paseo Colón.

El primer golpe fue lo de Luisito y la historia se iba poniendo cada vez peor. Cuando los Montoneros pasaron a la clandestinidad, nos fuimos de la Facultad. Ni yo ni Oscar pudimos seguir estudiando, Había que salir de la universidad porque éramos muy “jetones”. En esa época se decía “jetón” a una persona muy expuesta. Un buen orador, un dirigente destacado. Oscar, mi esposo, era una persona que conducía y era muy reconocido. Después de la muerte de Luis, Oscar acompañó mucho a Silvia Frondizi, su esposa, que según creo, después se fue a vivir a Italia. Nunca más la vi, como a mucha otra gente. Muchos queridos compañeros que después fueron desapareciendo, entre ellos



Oscar Miranda junto a uno de los niños del Insituto Riglos

Ricardo Yanguas, Miguel Schwartz Gun...Un montón de gente que perdí.

Oscar vino a vivir a Moreno, él vivía en Lugano. Vino a vivir directamente a mi casa. No estábamos casados y, en esa época, el hecho de que él viniera a vivir a mi casa no era tan bien visto. De todas maneras mis viejos lo aceptaron y no hubo ningún problema. Yo siempre viajaba para la Tecnológica, todos los días. Porque la UTN era como una escuela secundaria. Hay universidades donde podías elegir , en cambio a la Tecnológica, tenías que ir de lunes a sábados.

Una vez que él se instaló aquí, dejó la actividad en la JUP y pasó a militar en la Columna Oeste de Montoneros y allí cada compañero asumió una tarea. Yo no milité allí. Después de que salí de la Facultad dejé de estudiar y pensaba seguir otra carrera. Cuando yo estudiaba, trabajaba en el Riglos. Para poder estudiar tenías que trabajar y llevar los certificados de trabajo a la Universidad para acreditar tu empleo.

Oscar tenía su actividad en Merlo, cerca de una Iglesia y sé que mucha gente que cayó en Merlo, lo conoció o tuvo contacto con él. En ese momento su militancia era la que le daba la organización. No se podía saber. Por

cuidarme a mí, él no me podía decir lo que él hacía... Tenía que ir a determinadas citas, a determinadas reuniones, pero todo se fue poniendo cada vez más difícil y peligroso.

Yo me casé en el año '76, en noviembre. Oscar no era creyente, estoy segura de que lo hizo para estar conmigo. Cuando nos casamos fuimos a vivir a la casa de mi abuela, que es el lugar de donde lo desaparecen a Oscar. Era la quinta donde yo nací. En ese lugar viví hasta los tres años y después me trasladé a seis cuadras o siete de allí. A él le gustaba compartir y leer muchísimo. De haber vivido hubiéramos tenido muchos hijos, porque a él le gustaban los chicos. Él tenía una total entrega a la militancia, fue la entrega más importante de su vida.

Oscar era un hombre muy simpático, era un hombre muy intuitivo y le gustaba mucho compartir con amigos, le gustaba mucho charlar y encontrarse con gente. Lo que más le divertía de la quinta era que podíamos reunirnos con nuestros amigos, que tenía su lugar. Era un hombre muy inteligente y toda su vida había leído sobre psicología, aunque nada que ver porque él era técnico químico, pero le gustaba mucho la psicología. Era una persona que siempre lo atravesó lo social, no podía vivir sin pensar en el otro. Yo encontré al hombre que más amé y él me amó mucho. Pero, sobre todo, encontré al compañero, algo es muy complicado. No es fácil encontrar a un compañero...

Yo me casé un 20 de noviembre del 76' y un 15 de febrero del 77' se lo llevaron y nunca más lo vi. Él desapareció en nuestra luna de miel. Yo me había ido a Chapadmalal con los chicos del Riglos y Oscar me alcanzó allí después. Fuimos en enero y yo volví el 14 de febrero. El 15, él desapareció. Cuando lo vinieron a buscar primero fueron a la casa de mi padre, porque en ese lugar se había hecho la fiesta de casamiento. La persona que vino a buscarlo era un muy amigo de él y compartía la militancia. Lo vinieron a buscar con ocho o nueve tipos y van primero a la casa de mi padre. Momentos después, mi padre vino con ellos a mi casa. Nos levantan, buscaban cosas, armas, no sé. No había nada. A Oscar le decían "Danos la cita, danos la cita....La vas a pasar mal!". Yo de eso nunca me olvidaré. Cuando se lo llevaron me despedí y me dijo que le diera un abrazo a mi madre, que la quería mucho. A mí no me hicieron nada, solo me dijeron que tenía una cama en la casa de mi viejo.

La madre de Oscar, que fue una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo, tiene Alzheimer. Ella tuvo dos hijos más: Juan y Martín. Juan estuvo preso en la ESMA y Martín trabaja en el Teatro Colón. Cuando Juan salió de la ESMA prefirió irse a Canadá. Después yo, en el año 1990, me fui para allá y tuve a mi hijo Agustín, que tiene 22 años. Mi cuñado aún vive allá y yo dejé muchos amigos canadienses.

En el año '85, yo recibí una carta de una persona que vio con vida a Oscar en la Comisaría nro. 3 de Castelar. Esa persona que veo con vida a mi esposo es Rubén Galucci. En esa carta me contó lo que significó mi esposo para él. Lo que él me quería, cómo me amaba, cómo deseaba tener un hijo conmigo. Todo lo que se acordó de sus conversaciones con Oscar, Rubén me lo describió en esa carta. Rubén lo vio y estuvo compartiendo nada más que un mes de vida con él. Oscar entro el 15 de febrero del 77' y 15 de marzo del 77'- Rubén no se acuerda exacto- Oscar se fue y nunca más apareció. En esa época nadie sabía qué era irse. Si te daban la libertad o....

Rubén cuenta que cuando estuvo detenido estaba un poco depresivo, pero Oscar lo levantaba, le daba mucha vitalidad, lo alentaba, le hacía chistes...Y todas las noches mientras estuvo ahí, hablaba de mí... ¡Imaginate que estábamos recién casados y habíamos decidido vivir la vida juntos!

Pasé mucho tiempo sin ver a Rubén pero, este año, cuando a Oscar le hicieron un reconocimiento, vino a estar conmigo en el acto. Rubén fue el que me dijo : "¿Por qué no sos testigo?". Entonces me decidí y empecé hablar con Coco Lombardi, con Pablo Llonto y por eso hoy soy testigo y en el juicio voy a contar todo lo que paso, después de 37 años.

Yo fui a declarar con Juliana que es una de las personas que trabaja con el Juez Rafecas. Le conté toda la historia y me mostró fotos. Esa persona, que yo vi con bigotes, para la época del secuestro de Oscar, hoy está siendo juzgado, ése es Daniel Scali.

Sargento, 10. XII. 85

Querida Adriana,

Hace mucho tiempo
que debia haberte escrito unas
lineas. Seguramente dem, el hermano
de Oscar, te habra ya informado
desde Canada lo poco que le
puede comentar sobre la suerte
corrida por tu compaero.

Como habras comprobado, lamentable-
mente es muy poco que puedo decirte.
Solo puedo confirmarte que estare
con el, compartiendo el mismo
destino, y que el te recordaba
permanente mente con mucho
amor. Ya se que para vos no es
suficiente que te diga esto.

Carta enviada por Rubén Galucci a Adriana



Oscar (izq.) en una movilización

Una vez, con la mamá de Oscar, Delicia Silva de Miranda, fuimos a ver a Monseñor Graselli porque nos habían dicho que hacia allí iba toda la información. En esa época era el Monseñor que decía que iba “a hacer algo por la gente”. Por ese tiempo empezamos a hablar de reunirnos con las madres con que nos encontrábamos cuando íbamos a ver al cura. Mi cuñado decía: “¡Cómo se van a reunir...Están locas, cómo van hacer eso!”. Él aún no había caído preso, lo detuvieron en el 78’.

Allí comenzamos a conocernos con Azucena Villaflor. Yo, de Hebe, en la primera época no me recuerdo, sinceramente. Me acuerdo de Nora Cortiñas, de Juanita, de un montón de Madres, pero no me acuerdo de Hebe. Cuando yo me pongo hablar con Azucena, de golpe me dice: “¿De dónde sos?. Le respondo : “Soy de Moreno” y ella me dice :“Mi nuera trabajaba en el Riglos, se llamaba Raquel Mangini”.... Me quise morir. “Era compañera mía” le dije. No sabía que estaba desaparecida. Raquel dejó de venir y no sabía lo que le había pasado. Ella estaba con los chicos y era orientadora de tiempo libre, como yo. Una mujer muy alta, muy linda. No era amigable. Era una militante y creo que se cuidaba. Era muy interesante, bastante callada, pero con opiniones importantes y con una postura muy firme.

El día que desaparece mi marido, con mi suegra nos empezamos a mover con un Habeas Corpus. Además fuimos a ver a un tío militar que tenía Oscar, Carlos María Miranda, que pensamos que iba a interceder en algo y nunca lo hizo. Fue una época muy triste, muy terrible, fue haber vivido en el infierno. Cuando vienen estos tipos, me dijeron que lo iban a llevar a Campo de Mayo. Era totalmente falso y me lo confirmó Rubén más tarde.

Después de tantos años fue una gloria ver como Néstor y Cristina empezaron a hacerse cargo de llevar adelante lo fundamental, que fue poner en marcha los juicios. Lo que ellos dos han hecho la historia se lo va a reconocer toda la vida. Por eso y por muchas otras cosas. Pero por el tema de los DDHH no hay quien los haya igualado. Además de todo lo que han hecho en la parte social porque si no hay justicia social no hay democracia. No hay nada sin justicia.

Para mí lo más importante es haber sobrevivido. La gente como nosotros ha pasado momentos duros pero...¡poder vivir y ver que llegó la justicia... Que no fuimos y matamos a nadie, sino que creímos que alguna vez llegaría y llegó!. Así es que yo he llegado al juicio de la Mansión Seré y que reconocí a uno que estaba cerca mío cuando se llevaron a Oscar...¡Y ahora está juzgado y condenado!.

Se fue una generación muy importante, se llevaron gente muy valiosa, no quiero decir que los que hayan quedado no valgan mucho, pero era gente muy comprometida. Oscar, cuando charlábamos, me decía: “Acá, de lo que se trata, es de que en algún momento se llegue salir adelante, que todos podamos comer alguna cosa. Es decir que toda la gente pueda a llegar a tener su oportunidad de elegir y poder estar mejor”

Yo creo que lo que más se acerca a lo que la generación nuestra soñó, es este gobierno. Sin lugar a duda, como dice Sabbatella: “A la izquierda de Cristina, está la pared”. Es emocionante explayarse y hablar de estos temas pero, lo que me importa ahora es la juventud, yo ya tengo 60 años. Es importante que los jóvenes quieran hacer algo y no poner un telón a la historia. A la historia no se la puede aplastar... va a aparecer siempre por algún lado.

Oscar Miranda, presente.

Eva, Rubén y Pochi Leguizamón:

“Evita, ¿qué te hicieron?”

Relato de la sobreviviente Eva Leguizamón

Mi nombre es Eva Teresa Leguizamón, tengo 63 años y soy ex detenida política. Me secuestraron en Merlo junto a otros familiares y nos llevaron al pozo de Banfield. La historia comenzó luego del asesinato de dos de mis diez hermanos: Pochi, de 23 años, y Rubén, de 17, que era montonero y militaba en la Unidad Básica del barrio que estaba enfrente de casa.

En esa época yo tenía 23 años y cinco hijos chiquitos, porque me había casado a los 15. Mi marido no me dejaba militar, entonces, cuando él se iba, yo me cruzaba a las reuniones. Mi militancia fue a escondidas, era una especie de vocera, cuando se secuestraba mercadería, yo iba a los barrios y le decía a cierta gente conocida dónde iban a parar los camiones. Me acuerdo que una vez habían secuestrado un camión con acoplado de delantales, yo llevé a mi mamá porque ella era muy pobre y tenía hijos chicos. Había mujeres compañeras armadas custodiando el camión. Fue muy impactante.

Mis hermanos trabajaban en la planta de Libertad de Coca Cola, uno era fletero y el otro ayudante del camionero, fueron a trabajar y no volvieron más. Al tercer día, un compañero, al que le decían “El Turco”, vino a avisarnos que habían caído en Lomas de Zamora, así que fuimos al hospital.

Allí nos recibió una mujer que parecía una novicia: y nos hizo pasar a una habitación chica. En la pared -no me olvido nunca- parecía que había unos ficheros, pero resulta que abrían y sacaban las bandejas y ahí estaban los muertos. Era la morgue. En una de esas bandejas estaba mi hermano mayor, que era todo sangre y barro, tenía tiros en la cara, yo le vi uno en la pera y otro en la cabeza. El otro, el más chico, Rubén, que era el Montonero, estaba en una camilla, limpio y vendado. Dicen que murió después de que lo operaron. Nosotros averiguamos en Lomas de Zamora y no hubo ningún juzgado a cargo, no se hizo la denuncia en ningún lado, no figura que ahí hubiese pasado algo.

La monja nos pidió que nos quedáramos tranquilos, que fuésemos a una cochería, así que fuimos a una en Merlo, les contamos lo que había pasado y mi papá les dio la libreta de matrimonio con los nombres de mis hermanos; fueron ellos y los trajeron. No los velamos allí, sino en la casa de mis padres porque así se usaba en esa época. Como a eso de las dos o tres de la mañana vinieron los compañeros y empezaron a cantar la marcha peronista, la de montoneros, la de Evita, trajeron banderas, cantaron, saltaron, gritaron los nombres de mis hermanos y se fueron. Al día siguiente, había que enterrar los cuerpos a primera hora porque ya estaban en descomposición, así que a las nueve de la mañana vino la cochería y mi papá -que había trabajado en el cementerio- consiguió una tierra para que estuviesen los dos juntos. Con el tiempo, les hizo una sepultura a los dos, unidas, con placas de la unidad básica, con placas de los vecinos; eran muy queridos porque el tema de ellos era la asistencia social.

Cuando enterraron a mi hermano más chico, Rubén, a mí me agarró mucha bronca, me agaché para tirarle la tierra y dije: “Rubén, dame sangre de montonera para matar a estos hijos de puta”. Fue todo lo que dije y se arrimó un ex cuñado que militaba en el Partido Comunista y me dijo: “Eva, mirá, están los chicos, quedate tranquila”, me levantó, me abrazó y nos fuimos a casa. Pasamos todo el día ahí y a la noche empezó a llover; había una persona a la que no conocíamos, en el momento pensamos que era amigo de mi papá que hablaba y hablaba y trataba de mantenernos a todos juntos.



Rubén y "Pochi" Leguizamón

Se hizo la tardecita. El Bocha, mi marido, empezó a hacer tortas fritas y se sacó la alianza de oro para colgarla en un clavo. Entonces le dije “dámela a mí porque se va a perder”, y me puse los dos anillos juntos. Los chicos estaban molestos y lloraban, así que me metí en la cama de mi mamá con ellos y me quedé dormida. De repente, me despertaron los ruidos de tiros secos. Entonces salté de la cama descalza, me paré en la puerta y grité: “no tiren, no tiren, que hay chicos”, Yo traté de cubrir la puerta porque los tiros eran cada vez más fuertes y cuando salí me encontré con un soldado; me pegaron un culatazo con el arma y me tiraron con el fusil desde la puerta del dormitorio de mi mamá hasta el comedorcito. “Ésta es la negra montonera”, dijo uno. Me agarraron de los pelos, me pegaron hasta hacerme sangrar la nariz y me arrastraron hasta la vereda. Había, por lo menos, cuatro camiones del ejército. Había una cuadra de gente tirada en la calle, todos con la cabeza para el cordón. Mi desesperación eran los chicos. Según me cuenta mi hija, los habían levantado de la cama de mi mamá y llevado hasta la cama de mi hermano Rubén, el montonero. Él tenía el cuadro de Evita grande, con el rodete y traje gris. Mi hija cuenta que vino un soldado, miró el retrato y dijo “Perdoname, Evita”, y con la culata del fusil lo rompió haciendo caer los vidrios arriba de los chicos.

Nos llevaron atados y apilados en un camión a mí, a mi tía, hermana de mi papá - porque era Leguizamón-; a mi tío, su esposo; a mi esposo porque le dijeron “así le hacés compañía a tu mujer” y a dos de mis hermanos. Entonces, empezaron a buscar al “barbudo”. El barbudo era quien me había levantado a mí en el cementerio. ¿Cómo sabían de él? Así que fueron a buscarlo. Le rompieron todos los libros, le hicieron un desastre y lo subieron al camión.

Y fui contando quiénes íbamos. “Empiecen a nombrarse para saber quiénes vamos”, pedí. “Yo, El Bocha”; “Yo, Eva”; “Yo, La Chichi”; “Yo, el Pablo”; “Yo, Juan Carlos”; “Yo, Juan Domingo”; “Yo, el Claudio”. Éramos siete.

Nos llevaron al pozo de Banfield; a mí me bajaron primero diciendo que era “la negra montonera”.

“¿Así que los montoneros hacen justicia?” “¿Qué justicia hacen los montoneros?”, me decían. Yo no decía nada. Me había agarrado una cosa muy rara: no solté una lágrima. Era como si mi cuerpo estuviese muerto; como si yo no estuviese en ése cuerpo. No sé si era por la muerte de mis hermanos. Era una bronca.

Me bajaron a un patio, supe que era un patio porque estaba descalza y sentí el piso de cemento mojado; estaba al aire libre y estaba lloviendo.

Me subieron hacia arriba por una escalera de madera; se me rompían los dedos de los pies porque no veía los escalones y me amenazaban con tirarme. Cuando llegamos arriba, se mataban de risa porque no iban a tirarme, Me hicieron entrar a una habitación en la que parecía que no había nada, solo una máquina de escribir. Y ahí me empezaron a interrogar: “¿Cómo te llamás? ¿Cuántos años tenés? ¿Dónde vivís? ¿A qué célula pertenecés? ¿A qué movimiento?” Y yo respondía que tenía cinco hijos chiquitos y ellos me gritaban: “Putá de mierda ¿quién va a cuidar a tus hijos?

El de la máquina de escribir se cansó de que yo no contestara nada y me mandó a “ablandar”. Me llevaron a otra habitación y me subieron a cama con las manos atadas y me violaron, dos, tres veces, no sé quiénes, no sé cuántos. Se reían, me decían que me iban a picanear, me echaron agua. Como yo no decía nada, todo el tiempo me preguntaban con quién estaba, quiénes eran mis compañeros, dónde íbamos, qué íbamos a hacer, que diera nombres, que si conocía a fulano y a mengano. Yo, que no, que no los conocía. Ellos se cansaban más rápido que yo. El de la máquina de escribir gritaba más, les gritaba a ellos para que me sacaran información, que yo era montonera, que eran “una manga de boludos”.

Me llevaron a una habitación donde estaba mi tía. “Evita, ¿qué te hicieron?”, me preguntaba y yo no le decía que no había pasado nada.

¿Y? ¿Te pareció lindo lo que pasaste?”, me interrogaban y yo no contestaba nada. Entonces, otra vez lo mismo: “¡Llévenla a que la ablanden!”. Esa noche distintas personas me violaron cada dos horas, como seis veces.

Yo escuchaba muchos chicos que gritaban, eran voces de chicos, no de personas grandes. Estaba aterrada de que fueran mis hijos. Después llegué a la conclusión de que eran los chicos de La Noche De Los Lápices, porque me junté con la hermana de uno de ellos y coincidieron los días de mi detención con la de los chicos. Era impresionante cómo gritaban y lloraban esos chicos.

De repente sentí que me tocaron nuevamente y, me sobresalté y me dijeron “Quedate tranquila que te estoy desatando; quedás al disposición del Poder Ejecutivo Nacional”. Me llevaron a una habitación donde estaba mi tía, también sin capucha.

Nos llevaron a un cuarto, nos tomaron las huellas digitales y nos dijeron que fuéramos a lavarnos las manos. Fue como una pequeña libertad, porque fui sola. Había un espejo grande y, cuando intenté mirarme, me agarraron de los pelos, me tiraron contra la piletta y me pusieron un revolver en la cabeza: que me olvidara de lo que me había pasado porque me iban a encontrar como a mis hermanos, tirados en una zanja, me amenazaron.

Nos juntaron a los siete. “Me llamo Lavallén y estoy al frente de ésta comisaría, ustedes saben muy bien porqué cayeron los guachos. No sé qué carajo quieren hacer. ¿Qué quieren inventar?”, nos dijo el que se presentó como comisario. “¿Les falta algo?”, nos preguntó. “Sí, a mí dos alianzas”. Los demás me querían matar. “Callate”, me pedían.

Nos subieron a un camión y nos llevaron a mi casa. ¡Hasta la puerta de mi casa nos trajeron devuelta! Estaba todo el barrio, los chicos llorando. Ahí salimos caminando a Luján. Así como estábamos: sin lavarnos ni cambiarnos. Mi marido tenía una virgen de Luján grande. La ató en el cochecito de uno de mis hijos. Mis primos manejaban los coches. Mi papá nos agarró a todos los que habíamos ido y nos dijo “Acá, nos olvidamos de todo lo que pasó. Hicieron un pozo, entraron armas que habían, los libros de Evita y todo lo que podía identificarnos como peronistas, menos los nombres, claro.

Yo sentí vergüenza de lo que me había pasado y terminé separándome de mi esposo. Recién en 2005 pude hablar y contar lo que me había pasado, también hicimos la denuncia.

Rubén y Pochi Leguizamón, presentes.

Carlos Alberto Pita:

“Escaras. Registro de un próximo pasado”

*Compilación de textos de su hermana, Sara Lía Pita*¹

Ayer

Banfield, 5 de junio de 1975.

Querido papá:

Después de haber pasado unos días maravillosos con Vos, las dos semanas transcurridas desde tu partida, me parecen un siglo. Fue muy lindo compartir ese tiempito que nos concedemos de vez en cuando; bueno, cada vez que subís a estos pagos, porque mirá que te fuiste lejos, ¡nada menos que al culo del mundo! La verdad que hasta nuestras discusiones extraño. Las recuerdo y me causan mucha gracia, ¡cómo me hacías engranar! Como verás, sigo siendo el mismo hijo inocente de antes.

Las otras noches cuando intercambiábamos ideas acaloradamente sin posibilidad de acercamientos, me estaba apoyando de alguna manera, en las recientes declaraciones del Arzobispo de Santa Fe, que están muy buenas, porque dice que vivimos una crisis de valores éticos de la que participan todos los sectores de la sociedad argentina. Con mucha claridad agrega que, “tal crisis se refleja en la mentira pública, el fraude impositivo-comercial, la deslealtad, el ejercicio corrupto de los cargos públicos,

1. El siguiente material es una compilación del intercambio de cartas y correos electrónicos entre la familia Pita, uno de cuyos miembros, Carlos Alberto Pita (“Machito”, “Machi”), fue asesinado y encontrado acribillado en Moreno, sobre la Av. Gaona, en el año 1975, a manos de la Triple A.

el enriquecimiento ilícito, la desobediencia a la ley, el incumplimiento de los contratos, el ausentismo, la indisciplina, el sabotaje, las variadas formas de la desobediencia civil, la verborragia existente, las polémicas desgastadoras, etc.". La patria, prosigue, "es más que un sector, el partido, la ideología, el grupo, la clase o los intereses personales. La patria es una realidad trascendente y profunda que no depende de éste o aquél funcionario, de éste o aquél ministerio, sino de todos los argentinos que sobre sus opciones individuales o grupales van a buscar el bien de la comunidad nacional". ¡Qué te parece! Los que no se sientan aludidos que tiren la primera piedra. La claridad de estos conceptos me permitió expresar mi pensamiento. A esto me refería, mientras cenábamos, en la casa de Eduardo. Y no se trata de ser "zurdo", o "comunista" como Vos creés, sino de aspirar a un sentido de justicia social, que muchos vemos plasmado en los movimientos político- populares de toda América Latina.

Te cuento que aquí, la situación se va poniendo cada vez más confusa, esta señora, sin Perón y de la mano "del Brujo", pueden llevarnos al carajo. No hay dudas que esta gente no tiene ni idea por donde pasa "el cambio". En economía las medidas que han tomado son una grosería, por primera vez pienso que podemos desembocar en un gran despelote.

Este fin de semana espero descansar, pues con el cambio del precio de la nafta hace días que no duermo. Recién terminamos de rehacer toda la programación en la agencia. He tenido que venir a las tres de la mañana a trabajar. En casa Alice anda con un problema de laringe, un bacilo que según parece, es muy rebelde para combatir. Por lo demás todo está bien.

Bueno Viejo te mando los medicamentos, parecen dólares por el despelote para conseguirlos. Saludos a los tuyos y un fuerte abrazo de tu hijo que te quiere, ¡más allá de las diferencias en nuestras posturas políticas!

Machi.



Epígrafe Carlos Alberto Pita

Río Grande, Tierra del Fuego, 15 de junio 1975

Querida Cristina:

Ayer hemos llegado bien, espero que haya resultado igual tu regreso. Estoy solo, la familia no está en casa en este momento. Nuestro dolor es tan grande, tan terrible que ya no sabemos qué hacer para soportarlo. Estamos medicados, los comprimidos que tomamos nos permiten al menos dormir unas horas, el resto dolor y preguntas sin respuesta.

Hasta hace un rato creía que hoy sería un día más, sufriente pero sin lágrimas. No fue así, la comunidad religiosa del colegio de los chicos, nos invitó a una misa. Allí estaban los curas y las monjas del pueblo, padres, vecinos y amigos, todos saludando y abrazándonos. Lo peor, lo más terrible fue la reacción de Bernardo que con sus cinco añitos entró en una crisis de llanto imparable. Decía ¡pobrecito!, ¡pobrecito! ¡Ya no tengo más hermano!

En fin hija, hoy vivimos una angustia descomunal. Esta vida que nos arrancaron con horrorosa crueldad, me parece una jugada siniestra del destino. Las culpas se mezclan con el dolor. El hecho de haber conformado una nueva familia a los sesenta años, hoy impide que estemos juntos. Con Ustedes dos nunca pude hablar de esta situación. Con Machi la cosa era diferente, esto lo habíamos conversado un par de veces, de "hombre a hombre". El me decía, "está bien Viejo, no necesitás pedirme autorización" y se reía con esa carcajada sonora y limpia, tan suya. Siempre mantuvimos un vínculo especial, de compañerismo, de comprensión, sí, de complicidad también, (sé que les oculté durante un tiempo el nacimiento de mis nuevos hijos). Y bueno, yo le decía, "mirá que si a mí me pasa algo, Vos vas a tener que hacerte cargo de ellos en calidad de hermano mayor". ¡Qué ironía no?! Él, muerto, asesinado, y yo aquí... en esta isla del fin del mundo, separado de Ustedes, de Alice, de los nietos... De a ratos quiero morir. Me pregunto por qué él y no yo. ¿Por qué él? De esa forma tan brutal.

Sigo mañana, estoy agotado...

Querida mía:

Hoy lunes temprano fui hasta el correo a buscar la carta que Machi, me había escrito dos días antes de su secuestro y muerte. Te remito fotocopia. Es muy clara en cuanto a su posición política y precisamente por esta razón, es que más bronca genera su trágico fin. Vos sabés que yo, viejo y gorila como soy, no compartía sus posturas. Pero también reconozco que siempre les inculqué el sentido de patria y el jugarse por las ideas. En el último encuentro que mantuvimos, el mes pasado, le anticipé lo que pensaba respecto de sus vinculaciones con el ministro de economía José Ber Gelbard, y los viajes que hizo, primero a Chile y luego a Cuba, el año pasado... Si bien estaban comprendidos dentro de un marco institucional, esas misiones empresariales organizadas y propiciadas por el mismo ministerio, para mí eran antecedentes a considerar, casi diría marcas de cierta identidad política, explícitamente rechazada por el propio Perón, y también por el actual gobierno de Isabel-López Rega. Le mencioné también lo que ya era "vox populi", refiriéndome a los mecanismos persecutorios de la Triple A., con sus "listas negras", amenazas e intimidaciones que definían el destino de las personas, forzando exilios en muchos casos. Ahí fue que le tiré la posibilidad de irse del país por un tiempo. "Ni loco" respondió, "mi lugar está acá". Agregó, "quedate tranquilo, viejo, que no me va a pasar nada".

¡Si me hubiera escuchado!..., hoy no estaríamos atravesando este calvario... Dios nos de consuelo para nuestro dolor. Hasta pronto, besos. Papá.

Buenos Aires, 29 de agosto de 2008

Querida Su:

El día que nos reencontramos, (¿te acordás?, julio del 2006) después de treinta años sin vernos, desempolvando tu historia de huidas y exilios, me preguntaste por lo de mi hermano, si sabíamos "quienes" habían sido los que se lo llevaron... Respondí, creemos que la Triple A. ¿Y no averiguaron algo en todos estos años? Increpaste molesta y con razón. No, respondí, porque nadie se interesa por los crímenes cometidos antes del 76...

A dos años de ese diálogo y de un encuentro tan movilizador, donde rogaste con tu relato pedazos de nuestra memoria, ocurre esto, impensado y casi ficcional. El lunes de la semana pasada Alice recibe un llamado. Alguien pregunta por ella, o por alguno de sus hijos. Dijo ser un funcionario que tenía en su poder unos papeles relacionados con la muerte de Machi, que tal vez pudieran interesar a la familia. Ella entró en pánico, se negó, diciendo que "era Mariana y que la señora y sus hijos no estaban en el país", "ninguno de ellos", recalcó. El hombre se despide presentándose como Director de Derechos Humanos de la Municipalidad de Moreno. Deja dos números de teléfonos, uno móvil y el fijo de su oficina. Alice llama inmediatamente a mi hermana, diciéndole, "tengo miedo que sean "ellos", "ellos" me conocen, yo soy la única testigo de lo que ocurrió esa noche, ¿y si me quieren matar?". No quería saber nada sobre "esos papeles", ni tampoco entrevistarse con el hombre del llamado. Mi hermana, Carmen, de alguna manera, no parecía muy dispuesta a "revolver el pasado", decía, "¿para qué ahora? Ya no tiene sentido después de tantos años..."

Por mi parte ni bien tomé conciencia del justificado pánico de Alice, (comprendí que la pobre había vivido más de tres décadas con miedos), y una vez repuesta de la sacudida, reaccioné pensando que si alguien nos llamaba por Machi, debíamos acudir. Me conecto enseguida con Mercedes, mi sobrina mayor, (¿te conté que vive en el sur no?) la única que está en el país. Ella opina del mismo modo. Se comunica con sus hermanos y todos coinciden en que hay que ver de qué se trata. Los cuatro quieren saber acerca

Actas de Defunción año 1975 **Carlo Alberto Pita.**

Militante Peronista. Fue gerente de la empresa "Falabella Bonzura", concesionaria de YPF. Vivía en Banfield con su esposa y cuatros hijo.



Documentación de la Dirección General de Derechos Humanos de la Municipalidad de Moreno

de su papá, hablan con Alice y le solicitan que interuenga. Ella, más tranquila y con la seguridad de que, quien la llamó era realmente un funcionario, (cosa que averiguamos ayudados por familiares y amigos), acepta viajar hasta Moreno acompañada por nosotras. El martes 2 de septiembre, Miguel nos esperará en su oficina a las once de la mañana.

Pido disculpas por este sobre-volar el pasado; pero te elegí porque estás marcada por el mismo fuego. Sé que entendés de qué hablo, tu vida también corrió peligro, pero afortunadamente pudiste salvarla junto a la de tu hija, al tomar la decisión de partir. Gracias mil por prestarme tu oreja virtual. Mandame tus impresiones. Después del "2" te escribo nuevamente. Cariños a todos por allí. Besos. Tu amiga, casi hermana, Cristina

Buenos Aires, 2 de septiembre de 2008

23 hrs. (estoy muerta de cansancio pero...)

Susy, sé que estás ansiosa por saber cómo nos fue, qué pasó con ese hombre que nos convocaba para algo tan imposible como inesperado. Alguien que manifestaba interés, después de tantos años por una muerte injusta. A Vos también te pareció acertado el contacto, y fuiste una de las animadoras de la cita. Por eso te la cuento con lujo de detalles.

Nos trasladamos en tren hasta Moreno. Nunca había viajado en esa línea. El vagón rápidamente se llenó. Íbamos dejando la capital en cada estación, al tiempo que subían pasajeros y vendedores ambulantes. Gente humilde y de gestos amables, soportaban la incomodidad del espacio reducido y pleno de gritos, que ofrecían a modo de rezos laicos variedad de mercancías baratas. Imposible conversar entre nosotras. Me dejé envolver por el paisaje suburbano, los sonidos y el movimiento.

Llegamos a la hora convenida, Miguel estaba esperándonos en el hall central del edificio municipal. Nos hizo pasar a su oficina y comenzó hablándonos acerca de su trabajo sobre Derechos Humanos en general, y particularmente sobre la Memoria. Nos explicó que si bien otras organizaciones investigan desde 1976 en adelante, él sabía perfectamente que el terrorismo de Estado había comenzado antes. Por eso tomó la decisión junto a su equipo, de revisar lo que hubiera sucedido en la zona a partir de 1974, tratando de reconstruir ese pasado en un archivo, para mostrarlo a las nuevas generaciones y a los que todavía se resisten a creer sobre crímenes y desapariciones.

Su primera tarea consistió en buscar datos en las fuentes disponibles. Se acercó al Registro Civil y comenzó a revisar las actas de defunción; entre otras, que llamaron su atención aparece la de Machi, que dice "muerto de múltiples disparos de bala y hallado en un descampado, a la altura de Avenida Gaona Km. 12,500, Moreno, el 7 de junio de 1975. Treinta y siete años casado, domiciliado en Banfield, Provincia de Bs. As. etc." También acostumbra a cruzar los datos sospechados con periódicos de la época. Encuentra así un artículo del diario *La Opinión*, de ese mes y año, donde se hace referencia al hecho, bajo el título "¿Por quién doblan las campanas?".

Luego de unos segundos, mirando a Alice agregó, te escucho...

Ella se tomó su tiempo, comenzó hablando con una voz ronca, opaca, como buscando cierta disponibilidad prismática, que habilitara la salida de esos espectros conjurados en una profundidad remota, "ese día yo estaba en cama con un problema de garganta, un virus o algo así, como se hacía difícil tener a los cuatro chicos en casa, Machi decidió llevar a las nenas a La Plata, a lo de mi suegra, venía Cristina, su hermana menor de Entre Ríos, así que entre abuela y tías, las chicas iban a estar atendidas y contentas. El fin de semana lo pasaríamos con los dos varones, que eran los menores, Rodrigo tenía seis años y Alfi cuatro. Las chicas tenían once y nueve años. El regresó alrededor de las diez de la noche, cenamos, miramos televisión un rato y nos acostamos. Serían más o menos como la una de la mañana, cuando nos despertaron unos golpes en la puerta de calle. No tocaban el timbre, golpeaban la puerta con algo duro. Machi dice ¿quién es? Creo que del otro lado dijeron "Coordinación Federal, abrí que te estamos buscando". Machi corre hasta el teléfono intentando comunicarse con alguien, pero al instante fuerzan la puerta y entran varios hombres armados. Cortan el hilo del teléfono, a mí me empujan y me ubican en el suelo boca abajo, a Machi en la misma posición sobre el sillón. "Si se mueven los liquidamos aquí mismo" dijo alguien. Mientras dos de ellos nos apuntaban, el resto deambulaba por la casa dando vuelta cajones y placares, tirando todo al suelo. Yo pensaba en los chicos que dormían en su pieza. Rogaba que no se despertaran. Cada tanto, alguno entraba y salía de casa. Después comprobé que se habían llevado todos los objetos de valor que encontraron. En un momento, quien dirigía al grupo le pregunta a Machi si tenemos caja fuerte, ante la respuesta afirmativa lo levantan y lo llevan hasta la pieza de los nenes, allí estaba la caja. La vaciaron íntegra. Había unos pocos pesos, y documentación que descartaron. Preguntaban por dólares que no teníamos y panfletos con contenido político. Después le dijeron abrigate, él estaba en pijama, se puso un buzo, le calzaron la capucha y se lo llevaron. Alcancé a ver que estaban en dos autos oscuros, Ford Falcon. Creo que eran como diez hombres, (Miguel acota, eran ocho, iban cuatro por auto). Mis hijos por suerte dormían, al menos eso creía yo. No tengo conciencia de lo que hice después que se fueron. Sólo pensaba en los chicos y no sabía qué hacer con el estado en que había quedado mi casa, no quería que vieran semejante estropicio, así que supongo, me habré puesto a acomodar todo, hasta que se hizo de día. Desde la casa de un vecino llamé a un amigo abogado. Vení que a Machi se lo llevaron anoche. Juntos fuimos a la comisaría de Banfield para hacer la denuncia, ante el relato de los hechos, el comisario me dice, "Ah, Carlos Alberto Rossi, el guerrillero ese, si se lo llevó la Triple A, póngale la lápida..." Salimos desconcertados y sin saber a quién recurrir. Dos horas más tarde, cerca del mediodía, me hablan de la comisaría para comunicarme

que en Moreno había aparecido un cadáver que presumiblemente podía ser el de mi marido. Era él, lo reconoció un compañero de trabajo. Nosotros no lo vimos más. En realidad me sugirieron no verlo, estaba destrozado por disparos de ametralladoras y tenía además el tiro en la cien propio de los ajusticiamientos. Lo velamos a cajón cerrado".

Con Carmen nos miramos en silencio, voluíamos a escuchar por segunda vez, aquel relato que nos remitía al dolor, a la muerte abrupta, concertada y cruel de nuestro hermano. Alice, con la misma serenidad con que enfrentó los hechos treinta y tres años atrás, alzó la vista y la posó en Miguel, al tiempo que deslizaba su mano derecha por el cuello, a la altura de la garganta, como queriendo ayudarse para que algo le bajara. Su expresión remitía a algo del horror de oírse en aquello que no se puede oír, como una especie de miedo a palabras imposibles de pronunciar y prohibidas para ser escuchadas por otros. Después de unos segundos, que seguramente Miguel dejó pasar a propósito, le dice, ¿te das cuenta que Vos sos una sobreviviente? Tanto tus hijos como Vos, están vivos por casualidad... Esa noche podrían haberlos llevado a todos.

Superados los momentos de tensión posteriores al relato, ya más distendidas, entre las tres íbamos respondiendo a las preguntas del funcionario, referidas a las posturas políticas de Machi, como su compromiso con un "justicialismo aggiornato" que veía representado en el ministro Gelkard, sus viajes a Chile y Cuba. El allanamiento y detención por parte de la Federal, en octubre del 74, acusado de "subversivo", causa de la que sale absuelto por falta de mérito. En fin... fuimos desatando ese amasijo de recuerdos bien guardados. Luego de tirarle todas estas líneas, Miguel nos dice, yo no tengo dudas de que Machi era un militante de la causa nacional y popular, por eso lo secuestran y lo matan. Las fuerzas parapoliciales que actuaron en esa oportunidad, como tantas veces ese mismo año, (más de 800 casos denunciados por una revista de actualidad de la época), continuaron operando durante la dictadura de igual modo. Se trataba de los mismos grupos represores, con la diferencia que después del 76, los cadáveres no aparecían. Todos fueron víctimas del terrorismo de Estado, decía, remarcando estas palabras, "aparecidos y desaparecidos". De ahí que sea importante que ustedes hagan la denuncia, porque si no se difunden estos hechos, estamos avalando la postura de quienes los niegan. Denunciándolos, estamos ratificando el genocidio perpetrado y agregando páginas a la memoria, para que los chicos y los más jóvenes conozcan ese pasado próximo, y puedan posicionarse frente a él.

Sus palabras sonaban bien, eran convincentes y justas. Nos conducían a cierto estado de reparación.

Nos pidió después, una foto de Machi para iniciar su archivo, y que le acercáramos la documentación o información que creyéramos pertinente, como para reconstruir la historia. Le ofreció a Alice todo tipo de apoyo desde Derechos Humanos, incluido el psicológico. Quedamos en volver a vernos cuando las hijas estuvieran en Bs.As.

El regreso fue más tranquilo. Viajamos sentadas y pudimos intercambiar comentarios acerca de la entrevista y sus implicancias para poder transmitirles a los "chicos" (así seguimos llamándolos, aunque sean mayores y padres de familia) de la mejor forma posible.

Nuestro estado de ánimo se va acomodando a fuerza de charlas enriquecidas por recuerdos e interpretaciones permanentes. Prometo continuar con este relato en la brevedad. Escribir me ayuda a descargar esta vieja mochila deshilachada por el paso de tantos años. Nuevamente. Gracias por tu apoyo incondicional. Gracias Susy por estar allí, como siempre. Cristina

Miami, 7 de Septiembre de 2008

Merce, no me conecté antes porque estamos locos de trabajo (por suerte!!!). Y como bien sabes NO ME GUSTA ESCRIBIR. Pero esta situación lo requiere. Te juro que nunca me imaginé vivir algo semejante. Lo más milagroso de todo es mamá... ¡parece que hubiera resucitado! Hacía rato que no la escuchaba con tanta vitalidad, (lo puedo palpar en las charlas telefónicas casi diarias). Me contó lo de Moreno. A su vez Cristina, por Chat expresó que estuvo bárbara. Todavía sigo sin comprender bien por qué crecimos en el silencio, en el casi ocultamiento de los hechos, en la confusión, respecto de la muerte de papá. Esa nada de palabras..., vinieron y se lo llevaron unos hombres... ¡si apareció muerto..., lejos de aquí. No lo vamos a ver nunca más... Fin de la explicación. Para nosotras "papá murió". Así le decíamos a nuestros amigos, ¿te acordás?

La primera vez que escuché los sucesos de esa noche, fue hace un par de años, poco antes de venirnos a vivir aquí. Por aquel entonces estaba tratando de superar o "sobrellevar" mis ataques de pánico. Fue la psiquiatra que sacó el tema de papá. Yo largué lo poco que sabíamos. Y no pude dar mayores precisiones. La mina dejó la pelota picando. Esto coincidió con un viaje nuestro a Entre Ríos, a lo de Cristina, por un fin de semana, allí, entre mate y mate saqué el tema y ella se despachó con amplitud. No lo podía creer, tantos detalles puntuales de los que nunca habíamos hablado. En fin, yo hoy, estoy dispuesta a saber TODO, quiero conocer la verdad sobre papá. Quiero hablar con Miguel, y que nos asesore respecto de lo que hay que hacer. En quince días estoy allá. Voy con tiempo así nos movemos juntas. Besos a tus-hijos-mis-sobrinos-sureños. Uno grandote para Vos. Florencia

San Martín de los Andes, 9 de septiembre de 2008

Sí, te entiendo perfectamente, siento lo mismo que Vos. Me parece estar viendo una película, que habla de "otros". Resulta que "los otros" somos "nosotros". Es cierto que se enmascararon los hechos. "Papá murió". Pero me pregunto ¿podían (ellas, mamá, la abuela ¡pobre!, Carmen, Cristina) hacer otra cosa? ¿Cómo hablar de lo impronunciable? ¿Cómo explicar lo que se había vivido como una desgracia individual y vergonzante? ¿Cómo contextualizar lo que estaba más allá del contexto reconocido? Creo que buscaron nuestra protección, que estuviéramos bien, que sintiéramos lo menos posible esa ausencia. Y sobre todo quisieron dejarnos fuera del horror acerca del hecho y de la confusión que se vivía por aquellos años. Había muchas zonas grises por entonces.

(Que aún persisten. ¡Ese pasado es tan próximo todavía!) No se sabía quién era qué. Por eso me enganché enseguida cuando Cristina me habló acerca del llamado de este hombre. Con Carmen hicimos un poco de fuerza para que la vieja aflojara, no quería saber nada al principio con todo esto. Nuestras tías tampoco habían hablado con sus hijos sobre esto, sólo superficialmente, de manera que el silencio y el ocultamiento cubrió a toda la familia. Está claro, querían protegernos y protegerse encapsulando el dolor. Y este dejarnos afuera de nuestra historia, tal vez sea la causa de la diáspora que inicié primero yo, cuando tenía 20 años viniéndome para acá, después Rodrigo, deambulando sin encontrar un lugar, hasta que recala en New York, Vos en Miami, y para rematar, Alfi en Europa... ¡es mucha casualidad! ¿no? Y la vieja quedando sola... o la dejamos sola... o se dejó estar en soledad. Pero bueno, un llamado telefónico le cambió la vida, nos cambió la vida. Negra nos vemos prontito en Bs.As. Tenemos mucho por hacer. ¡Ahora sí podemos hablar sobre nuestro padre! Besos a todos, especiales para mis sobrinas "norteamiriyankees" (ahora).

Mercedes.

New York, 15 de septiembre de 2008

Estimado Señor

Miguel Fernández:

Estoy en contacto con mi familia (hermanas, tías y madre) quienes con la verborragia que caracteriza a las mujeres me han puesto al tanto de los últimos acontecimientos, que tienen en Usted un disparador fundamental y a quien agradezco profundamente el haberse interesado por la muerte de mi padre. Me pongo a su disposición para ofrecer mi testimonio o contactarme con quienes hayan padecido hechos de la misma naturaleza. Ni bien tenga oportunidad de viajar a Buenos Aires allí estaré. Sé que está trabajando en la reconstrucción de nuestra historia. Humildemente puedo ofrecerle lo que recuerdo de aquella noche. Tenía en 1975, seis años, hoy transito la cuarta década, pero le aseguro que jamás pude olvidar lo sucedido. Nosotros somos cuatro hermanos, dos mujeres y dos varones. Dormíamos en aquél entonces en la misma pieza, en camas cuchetas, mi papá había llevado a mis hermanas a lo de mi abuela, estábamos los varones solos. Yo me despierto sintiendo ruidos raros en la pieza de mis padres, muy próxima a la nuestra, ambas daban a un pasillo y el baño estaba en el medio. Los ruidos eran de cajones que se abrían bruscamente y cosas que sonaban contra el suelo. Me levanto despacio y desde el marco de la puerta asomo la cabeza, veo a muchos hombres que iban y venían. Sentí miedo; comprendí que algo extraño estaba sucediendo porque no conocía a ninguno de ellos. Alfredo, mi hermano menor, se despertó y se pasó a mi cama asustado. Nos cubrimos bien con las frazadas, como para que no nos vieran. Yo le decía, "quedate quieto, no llores, no grites, yo te cuido". De pronto se prende la luz de la pieza, alcanzo a ver a mi papá encapuchado entre dos grandotes, uno muy parecido a Monzón, mi papá les dice "por favor a mis hijos no le hagan daño, mátenme a mí si quieren, pero a ellos no los toquen"... y les indicó con una seña donde estaba la caja fuerte. Mi hermanito se movía y yo pensaba se va largar a llorar, así que le tapé la boca también, con mucha fuerza para que no lo escucharan. Los dos temblábamos de miedo sin saber qué era lo que estaba pasando. Cuando volvió el silencio nos levantamos, fuimos hasta el living y no podíamos pasar, estaba todo tirado en el suelo, mi casa no era mi casa, parecía un campo

devastado. Con Alfi nos miramos sin entender, ¿nos habían dejado solos? Por suerte a los pocos minutos sentimos que mamá con manos frías y temblorosas nos empujaba hasta nuestras camas. Mientras nos arropaba decía "duerman, duerman, que yo voy a acomodar todo". Esa fue la última vez que vi a mi padre, en pijama, encapuchado y sostenido por dos hombres. Yo y la menor de las mujeres acompañamos a Mamá al cementerio. Desde ese momento me impuse el lugar "del mayor", del "hombre de la casa", y desde entonces, no puedo deshacerme de la idea de que debo proteger especialmente a mi hermano. Tenía seis años, me sentía culpable y cobarde a la vez, por no haber podido salvar a mi papá. Durante muchos años busqué por las calles ese rostro parecido a Monzón... tenía algo muy en claro, (tal vez de escuchar las conversaciones de los mayores), a mi viejo lo habían matado, para eso se lo llevaron, para asesinarlo. Nunca tuve reparos en decirlo. Mientras mis hermanas decían "papá murió", yo decía "a papá lo mataron". Jamás lo negué ni me avergoncé por lo sucedido. Tampoco recibí una explicación sobre los hechos. Desde entonces guardo en mi interior una especie de furia agazapada que fui gastando en parte, en una adolescencia prolongada en búsquedas y comportamientos justicieros, a veces agresivos, que finalmente he logrado controlar. Lo que resta todavía, trato de sanarlo leyendo historia argentina. Tal vez encuentre en el pasado de la patria un modo de explicar lo que nos sucedió.

Espero que este relato (¿confidencial?) le sea útil. Reitero mi disponibilidad para hacerlo verbalmente ante quienes hayan padecido hechos semejantes o necesiten información al respecto. Cordialmente:

Rodrigo Rossi

Teramo, 30 de septiembre de 2008

¡Floren querés decirme qué está pasando? Todos me llaman y lloran. Todos, son mamá y Rodrigo. Vos ni aportas por la red y Mercedes que dice "quedate tranquilo pendejo que está todo bien". Por un lado, comprendo esta movilización familiar..., pero yo..., bueno..., no sé cómo decirlo... No me acuerdo de papá... Busco y busco en mi memoria y él está ausente, borrado. Es como un lugar vacío. De todos los demás, tanto familiares como amigos, que nos rodeaban cuando éramos chicos yo los recuerdo muy bien, con toda nitidez. Pero de él... nada. ¿Será por eso que no entiendo a Rodrigo cuando habla de "esto" con tanta pasión? El tampoco me entiende a mí... Realmente yo no sé qué me está pasando. ¿Quién me sacó de esta historia? ¿Alguien se quedó con esa parte de mi vida? Durante cuatro años Negra yo tuve un padre, fui el menor, (según mamá mimado y protegido por él) ¡y no puedo recordarlo!. No encuentro una cara para decir éste es-fue mi padre. Fijate que coincidencia, en este momento, Giorgio mi hijo, tiene cuatro años, hacemos una buena dupla, jugamos, salimos, nos divertimos, lo pasamos muy bien cuando estamos juntos (Vos lo sabés porque has estado aquí). Me cuesta imaginarme fuera de su memoria. Por eso no alcanzo a comprender lo que me sucede o lo que sucedió hace tantos años... Les pido un tiempito para que pueda ordenar mi cabeza y calmar este pelotazo en el pecho que me deja mareado y tambaleando. Te quiero Negra. También a mi cuña!!!! ¡Si es un hermano para mí! Ni que hablar de esas tres diosas de mis sobrinas. Besos a todos. Alfi, "El tano".

Téramo, 15 de Octubre de 2008

Gracias Ro por tu llamado telefónico. Esa hora de charla mano a mano me ayudó un montón. Creo que lentamente voy clarificando mi estado de ánimo. Los estoy entendiendo y despacito me voy enganchando con la euforia familiar. No es una cuestión menor enterarnos por qué murió-lo mataron a nuestro padre. Y te digo que me entra una bronca bárbara contra no-se-quien...

El País, el pasado, la Policía.

La Triple A, Isabel Perón, López Rega.

Militares, dictadura...opresión...

¿Qué pensamiento, postura, ideología o gubernamentalidad habilitó al Estado para ejercer una violencia de tales características, apelando al secuestro y asesinato? Si era un subversivo o un guerrillero (como le dijeron a mami), por qué no le dieron la oportunidad de un juicio y un castigo. ¿Estábamos todavía en democracia no?... Te das cuenta que si hubieran actuado dentro del marco legal, hoy estaría con nosotros...

¿Y de nuestras vidas qué?

¿Las imaginás junto a él?

Tal vez, no estaríamos tan separados...

Ah!!! Con estas reflexiones casi me olvido de contarte, después de la charla telefónica que mantuvimos, donde hablaste de la noche del miedo, recuperaré una imagen, la de un hombre encapuchado. ¿Será papá? Por ahora es lo único que me acuerdo.

Mandale un beso grande a Susan de mi parte, decile que le agradezco "el aquantarte" ¡pobre mina! ¿Sabe con quién se casó? Un abrazo. Tu hermano menor, el Tano.

Buenos Aires, 26 de Noviembre de 2008

Queridos "Hermanitos":

Estamos escribiéndoles a cuatro manos, (soory), pero es la única forma que encontramos para compartir entre los cuatro lo que estamos viviendo.

¡No se imaginan el día que hemos tenido! Estamos exhaustas! Hace una semana que no paramos, haciendo trámites, viajando a Moreno, a La Plata, a Lomas...

Armamos nuestro bunker-oficina en lo de Carmen, que nos aloja con la disposición y el cariño de siempre. Se vino Cristina de Entre Ríos también. Se imaginan cómo nos potenciamos. Para aflojar tensiones nos reímos mucho, como siempre, de todo y de "todos", incluidos Ustedes (¡flor de locas nuestras tías!). Integramos un equipo de trabajo muy piola con nuestros primos. Tanto los hijos de Cristina como los de Carmen se engancharon enseguida con los nuestros, y cada cual pone lo suyo a disposición, sea auto, contactos o amigos para allanarnos el camino. Para ellos esto también significa un descubrimiento, un saber sobre lo oculto. Sin toda la familia movilizad, lo de hoy no se hubiera podido concretar.

Vamos al grano: siguiendo las instrucciones de Miguel (Director de Derechos Humanos de Moreno) armamos una carpeta con la documentación que acredita todos los datos personales y la historia de papá con los detalles de su secuestro y asesinato. Con este material, hoy a las diez de la mañana nos encontramos con él, mamá y las tías en el Ministerio de Justicia. Yo (Merce) llevaba la carpeta pegada a mí y sentía que me temblaban los brazos. Y yo (Floren) creía que me iba a caer por alguna escalera porque mis "patitas" también temblaban. Nos conducía Miguel hacia la Secretaría de Derechos Humanos. Una vez allí, pasamos frente a diferentes oficinas, cuyas puertas de acceso estaban identificadas: "Detenidos", "Desaparecidos", "Detenidos-desaparecidos", "Muertos", en esta última recalamos. Una chica joven nos atendió. Ante la pregunta quién va a hacer la denuncia, saltamos al unísono "NOSOTRAS". Alcanzamos a ver que las tres viejas se quebraban y lloraban juntas, abrazadas. Miguel no sabía qué hacer, si atenderlas a ellas o continuar guiándonos con los trámites. Rápidamente apeló a un recurso, sacó el celular, llamó a su mujer (también hija de desaparecidos, la conocimos en Moreno, re-macanuda) y la puso al habla con ellas. Se fueron

desahogando por turno, así que cuando terminamos con lo nuestro ya estaban más apaciguadas y recompuestas. Salimos todas contentas. Abajo, con el Ministerio y la bandera de fondo, nos sacamos una foto con Miguel en medio de todas nosotras. Hoy, chicos, 26-11-08 asentamos ante la CONADEP la denuncia de nuestro caso. A treinta y tres años de su secuestro y muerte, pudimos rescatar para la memoria el caso de nuestro padre. Nos sentimos orgullosas y satisfechas de haber hecho al fin, algo por él. También por todos nosotros, y principalmente por nuestros hijos, que representan a miles de argentinos jóvenes (niños también), que deben conocer estos sucesos como parte de un pasado que no puede volver a repetirse. De esto se trata "lo nuestro", poder sacarlo de la intimidad silenciosa de la familia, para inscribirlo como historia de todos. No es poca cosa...

Les adjuntamos las planillas que tienen que llenar y legalizar en los consulados respectivos. ¡Y mándenlas cuanto antes! ¡Hagan algo CARAJOS! Ja, ja, ja.

Los queremos mucho a los dos. Besos. Sus hermanas mayores Mercedes y Florencia.

Queridos Sobrinos:

(¡Bienaventurada la tecnología que nos permite este mini foro familiar!)

El feriado de ayer quiso que estuviéramos las dos acá, (en casa de Carmen), (¿será realmente el feriado, o alguna otra fuerza inexplicable que envuelve y motoriza a la familia desde hace unos meses?). Bueno lo cierto es que estábamos aquí, ayer a la noche. Suena el teléfono, alguien solicita hablar con Carmen. Era Miguel Fernández. ¡Sorpresa! El motivo de su llamado, dos noticias que debíamos comunicarles. En primer lugar que ya tenía la causa de Machi en su poder, (tuvo que rastrearla con mucha dificultad, hasta que finalmente la encontró), esto significa que Ustedes están en condiciones de iniciar el juicio ante el estado. La segunda noticia tiene que ver con otro tipo de reivindicación. Nos comunicó que la foto de Machi, fue incorporada a la bandera donde figuran las víctimas del terrorismo de Estado, que Derechos Humanos del Municipio de Moreno despliega todos los años en el acto del Día de la Memoria. Ayer por primera vez estuvo en ese lugar, con esa imagen enviada desde Miami por su nieta mayor, en noviembre del año pasado ante la urgencia de los trámites. Aquí, no teníamos ninguna... Otra pirueta de esta historia marcada por olvidos y huellas borroncadas. Allí quedará, en sepia, detrás de unas gotitas de agua, efecto de una toma apurada sobre el portarretrato. Imagen de imagen, que quizá intenta decirnos algo... Joven y lindo, (así era, así lo recordamos), mirando hacia arriba con calma y serenidad. Finalizada la charla telefónica, lloramos por un largo rato. Después, retomamos el tejido del pasado hasta que el sol nos sorprendió.

Si bien nos debemos una charla todos juntos, presentes, cara a cara, no queremos dejar pasar más tiempo sin transmitirles lo que pensamos y sentimos, ahora, en este momento. Ante todo queremos pedirles disculpas por el silencio que arrasó con una parte importante de nuestra identidad familiar. Resulta difícil explicarles lo que nos sucedía por aquellos años. Sólo sabemos que no podíamos hablar. Teníamos la boca cosida con puntadas bien gruesas, y un dolor que hacía hueco en el alma y se perdía en gritos inaudibles. Y después Ustedes, ¡tan chicos! Y Alice, con su entereza gigantesca para soportar lo insostenible, y sobreponerse y llevar adelante sola, con sólo treinta y tres años una familia de cuatro hijos. Y mamá..., que al vacío del marido ausente sumó la

pérdida del hijo y comenzó a repliegarse lentamente, de a poquito, hasta que no dio más. Y nuestros hijos que iban naciendo... Y no podíamos... No eran tiempos de palabras.

Pero hoy sí podemos saltar la lengua para rescatar recuerdos y olvidos, y permitirnos elaborar una especie de justa memoria. Una memoria sana, curativa. Centrada en un régimen diferente, sin odios, rencores ni revanchas. Develando sí, que hubo crímenes, (en ese año, 1975, cerca de novecientos casos), testigos y víctimas. Que no pretendemos juzgar sino comprender, que eran épocas de luchas, de utopías y violencias. Que sucedió, nos sucedió, un padre-hermano-hijo fue secuestrado y fusilado. De esta forma (creemos), cumplir ahora con nuestro deber de memoria, denunciando los hechos y conjurando silencios. Resistiendo al fin como testigos, al permitirnos que nuestros recuerdos descansen y penetren en los recuerdos de otros, para lograr así, que estas narraciones individuales se conviertan en relatos colectivos. Y esto es bueno ante la amenaza del olvido que va borroneando las huellas...

Queridos, con el hilo que resta de la madeja, les proponemos escribir entre todos otra historia, que tome el pasado para mirar hacia adelante, remarcando los trazos que dan vida. Con el amor de siempre, sus tías:

Carmen y Cristina.

Carlos Alberto Pita, presente.

Listado de Detenidos-desaparecidos Moreno y Merlo

Abdonur, Victoria

Agorio Rothen, Nelson Alberto

Alfonso Benítez, Osvaldo Julio

Arroyo Iriarte, Juan José

Balbi, Osvaldo Domingo

Ballester, Hernández Adrián Ceferino

Brochero Messa, Miguel Ángel

Cabrera Portel, Luis Alberto

Carrazan, José Antonio

Casariello Carati, Rosa María

Casoy Granovsky, Claudio Argentino

César, Ester Elsa

Castillo Barrios Márquez, Alicia Ramona

Chávez, Héctor Gerardo

Cournou Heredia, María Cristina

Cuella, Enrique José

Del Gesso García, Juan Domingo

Díaz Moscardo, Mario Alberto

Elena Marcet, Carlos Guillermo Jerónimo

Escobar, Vera Lucas

Flores, Hugo Rubén

Fontanella Velásquez, Adolfo Nelson

Fraga Andrade, Jorge Leonardo

Gaggero Pérez, Emilia Susana

Gándara, Horacio Francisco

Gaspari Espikerman, Gladis Emid
González Lemos, Víctor Hugo
Grandi Rebollo, Claudio Nicolás
Herrera Sallenave de Mangini, Leonor Inés
Ivaldi Abrigatto, Juan Pedro
Ledesma Soria, Luis Ramón
Leguizamón, “Pochi”
Leguizamón, Rubén
López Carballo, Javier Alberto
Luque, Esther
Mangini Gálvez, Juan Santiago
Martínez Navarro, Héctor Eliseo
Mesa Esain, Faustino Juan
Miranda, Silva Oscar
Monge, Juan
Monzón Reinaldo, José “Chango”
Muñoz Bordón, Beatriz Nidia o Nadely
Ochoa Flores, Cándido Víctor

Orozco, Ricardo Oscar
Ortiz, Escobar Rodolfo
Pavich Restovich, Pablo
Pellegrini, Juan Carlos
Peyrano Córdoba, Miguel Ángel
Pita, Carlos Alberto
Pidutti Capurro, Juan Hipólito
Porcel Rodríguez, Gladis del Valle
Quiroga Castro, Stella Maris
Romero, Juan Antonio
Romero Stagnaro, José Alberto Martín
Sánchez, Mario Valerio
Sandoval Blanco, Augusto Cesar
Silva, Ramón
Taboada Orozco de Dillon, Marta
Angélica Tardivo Sosa, Irma Noemí
Tejerina Colombres, Juan Domingo

Tonini, Hugo

Ullmann Bohn, Eva Silvia

Uriarte, Juan Alberto

Valentich Blanco, José

Zarza Segovia, Rosalía

UNM Editora

Av. Bartolomé Mitre 1891, Moreno (B1744OHC), prov.
de Buenos Aires, Argentina

Teléfonos:

(0237) 466-7186 / 1529 / 4530

(0237) 488-3151 / 3147 / 3473

(0237) 425-1786 / 1619

(0237) 462-8629

(0237) 460-1309

Fax: Int. 111

Interno: 154

unmeditora@unm.edu.ar

<http://www.unm.edu.ar/editora>

Miembros ejecutivos:

Adriana M. del H. Sánchez (presidenta)

Jorge L. ETCHARRÁN

Pablo A. TAVILLA

M. Patricia JORGE

V. Silvio SANTANTONIO

Marcelo A. MONZÓN

Miembros honorarios:

Hugo O. ANDRADE

Manuel L. GÓMEZ

Departamento de Asuntos Editoriales

Leonardo RABINOVICH

Staff:

R. Alejo CORDARA (arte)

Sebastián D. HERMOSA ACUÑA

Cristina V. LIVITSANOS

Pablo N. PENELA

Florencia H. PERANIC

Daniela A. RAMOS ESPINOSA

Coedición
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MORENO
MUNICIPIO DE MORENO



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE MORENO

ISBN 978-957-3700-12-5



9 789573 700125



UNM 2010
UNIVERSIDAD
DEL BICENTENARIO
ARGENTINO



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE MORENO
Editora

SECRETARÍA DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA
COLECCIÓN: AGENDA UNM.